



**UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO**

**Facultad de Humanidades y Educación**

**Escuela de Comunicación Social**

**Mención Periodismo**

**Trabajo de Grado**

**“Hola, poeta”**

**Semblanza de Rafael Cadenas**

Abril Mejías Romhany

Tutora: Laura Helena Castillo

**Caracas, septiembre de 2013**

Abril Mejías Romhany



# Índice

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>5</b>
<b>MÉTODO .....</b>	<b>7</b>
<b>PRESENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN .....</b>	<b>7</b>
<b>TIPO DE INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>8</b>
<b>OBJETIVO GENERAL .....</b>	<b>9</b>
<b>JUSTIFICACIÓN.....</b>	<b>10</b>
<b>PRESENTACIÓN DEL TRABAJO.....</b>	<b>10</b>
<b>PÚBLICO LECTOR .....</b>	<b>11</b>
<b>DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>11</b>
<b>DELIMITACIÓN .....</b>	<b>12</b>
<b>LIMITACIONES.....</b>	<b>12</b>
<b>PROCESO DE REALIZACIÓN .....</b>	<b>13</b>
<b>MAPA DE ACTORES.....</b>	<b>14</b>
<b>CAPÍTULO UNO: CRUZO LAS PIERNAS .....</b>	<b>17</b>
<b>CAPÍTULO DOS: OIGO .....</b>	<b>43</b>
<b>CAPÍTULO TRES: ME LEVANTO.....</b>	<b>69</b>

<b>FUENTES DE INFORMACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>93</b>
<b>ANEXOS.....</b>	<b>98</b>

## Introducción

A veces los silencios son pausas, son esos espacios en blanco que van entre los párrafos de un escrito. El silencio no es una afonía. Pero para saberlo a veces hay que esperar. No hay premio para los rápidos ni trato especial para los desesperados. Como dice Leila Guerriero sobre el género periodístico de la semblanza en *La lección de Homero* (2008, documento digital), se trata de “una carrera de resistencia, en la que no tiene chance el que llega primero sino el que más tiempo permanece”. Para poder entrevistar a Rafael Cadenas hay que saber convivir con los espacios en blanco que van entre un monosílabo, una mirada extraviada y una idea.

Después de convivir con los espacios y con las palabras, también es preciso deshabitar los lugares solo para verlo caminar dejándose. Para verlo hablándole a su nieta, para escucharlo quejarse de los precios, para verlo agarrándole el hombro a un amigo.

Rafael Cadenas y su caminar pausado están vestidos casi siempre con los mismos colores: verde oliva, beige, marrón y tal vez azul. Lleva casi siempre un bolso, uno de los tres bolsos que tiene, siempre terciado, lleno de anotaciones y libros. Actualmente vive en Caracas y la camina, la recorre a través de sus aceras y sus camionetas que lo llevan a su casa atestada de libros en La Boyera. La vejez no lo ha replegado, todas las semanas visita librerías y casas que lo nombran, lo repiten y lo aplauden. La situación política lo ha configurado.

Rafael Cadenas nació el 8 de abril de 1930, en Barquisimeto, Lara. Es uno de los principales poetas y ensayistas del país. Entre sus libros de poesía están *Cantos iniciales* (1946), *Una isla* (1958), *Los cuadernos del destierro* (1960, 2001), *Falsas maniobras* (1966), *Intemperie* (1977), *Memorial* (1977), *Amante* (1983), *Dichos* (1992), *Gestiones* (1992), *Amante* (2002), *Poemas selectos* (2004, 2006, 2009), *El taller de al lado* (2005) y *Sobre abierto* (2012). Así como los de prosa: *Literatura y vida* (1972), *Realidad y literatura* (1979), *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* (1977, 1995), *La barbarie civilizada* (1981), *Anotaciones* (1983), *Reflexiones sobre la ciudad moderna* (1983), *En torno al lenguaje* (1984) y *Sobre la enseñanza de la literatura en la Educación Media* (1998).

Entre sus galardones están el Premio Nacional de Ensayo (1984), el Premio Nacional de Literatura (1985), el Premio San Juan de la Cruz y el Premio Internacional de Poesía J. A. Pérez Bonalde (1992). Recientemente le fue otorgado en México el Premio FIL (Feria Internacional del Libro) de Literatura en Lenguas Romances, antes llamado Juan Rulfo, y está nominado al Premio Cervantes.

Esta investigación no hablará sobre sus obras, sobre lo ya dicho. El foco de este trabajo será sobre las rutinas y los lugares de su vida, sus contradicciones y su manera de estar.

# Método

## Presentación de la investigación

Esta investigación es una semblanza sobre Rafael Cadenas, que pretende hacer un perfil íntimo del personaje: cotidianidades, lugares, afectos. Es una modalidad que Benavides y Quintero (2004) dicen que se parece mucho a retrato pictórico, en el que “el pintor retrata al sujeto con detalles de ambientación que dan color y contrastes; las figuras y objetos que aparecen sugieren algo acerca de esa persona” (p.179).

De esta manera se ha hecho una indagación en la vida de Rafael Cadenas, tomando en cuenta su pensamiento, hechos relevantes pasados y el contexto histórico-social, por medio de investigaciones, observaciones, conversaciones y simples acompañamientos. Este retrato de Cadenas no pretende ser biográfico ni busca mostrarlo todo.

En este trabajo se evoca el pasado y la cotidianidad de Cadenas. Como dice Julián González (2003) en *Periodismo biográfico en Colombia II*, “las evocaciones giran en torno al mundo urbano y las rutinas diarias” (2003, documento digital). El autor explica que ahí “inevitablemente se cruzan ‘descripciones de escenarios’ con el anecdotario del vivir diario”.

En esta investigación las descripciones de escenarios y el anecdotario son claves para la forma, que también terminará siendo en gran medida el fondo, del trabajo. Pues en las vivencias y lugares se encuentran símbolos que llevarán a los lectores a entender y contextualizar las obras

del poeta y de la poesía en general, sobre todo en Venezuela. Porque, como dice Leila Guerriero (2008) en *La lección de Homero* (2008, documento digital), esto “es, siempre, la historia de algo mucho más devastador, mucho más grande que la historia de uno solo”.

### **Tipo de investigación**

Este trabajo parte desde las características del paradigma cualitativo. De esto, Pérez Serrano dice:

El enfoque cualitativo pretende ofrecer profundidad, a la vez que el detalle mediante una descripción y registros cuidadosos (...) con el fin de conseguir una coherencia lógica en el sucederse de los hechos o de los comportamientos que están necesariamente contextualizados y en el contexto adquieren su pleno significado, pues al sacar las cosas de su contexto pierden su significado genuino. (1994, p.32).

La vida diaria de Cadenas, su vejez, sus rutinas y nostalgias ofrecerán más datos sobre sus obras que un trabajo dedicado a ellas. Esta es la clave de la investigación: ofrecer un contexto y una cotidianidad que hable

más sobre este personaje llamado, y a veces acusado, de misterioso, callado, sin mucha relación con el mundo exterior. El contexto íntimo y cotidiano le pondrá un nuevo significado a los lectores sobre lo que él ha escrito y dejado de escribir o publicar. Se pretende marcar un alejamiento con la figura mitificada del poeta que no le gusta que le digan poeta.

Esta semblanza es un trabajo de investigación exploratorio. La semblanza supone adentrarse al mundo de un personaje, conocerlo y hallar sus rasgos más importantes y significativos. Hernández Sampieri, Fernández y Baptista (1998) explican que los estudios exploratorios se realizan “cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes” (p.58). Las obras de Cadenas han sido muy estudiadas y abordadas, pero no así sus días y su vejez, el personaje de a pie, que sí se ríe y habla.

Se pretende ofrecer un perfil de Cadenas atravesado por la actualidad y hechos noticiosos cotidianidad atravesará toda la investigación.

### **Objetivo general**

Elaborar una semblanza de Rafael Cadenas a partir de los lugares, las personas, los ritmos de su día y los afectos de su cotidianidad.

### **Objetivos específicos**

- Describir la cotidianidad de Cadenas y el entorno que lo configura.
- Mostrar las contradicciones entre la imagen que proyecta y su vida.

- Explorar los cambios de una persona más replegada a otra que, en esta última etapa de su vida, está más expuesta públicamente.

### **Justificación**

A partir del crecimiento del interés por los autores venezolanos, el surgimiento de editoriales y librerías, la obra y el pensamiento de Rafael Cadenas han sido más explorados y reconocidos nacional e internacionalmente.

El premio de la Feria del Libro de Guadalajara de Literatura en Lenguas Romances (2009) que reconoce toda su trayectoria, así como la reciente nominación al Premio Cervantes, consolidan la expansión de su oficio. Aunque abundan los estudios sobre la producción editorial del poeta barquisimetano, su perfil más íntimo, entrecasa, anecdótico y afectivo ha sido poco explorado.

Rafael Cadenas es considerado por muchos el poeta vivo más importante de Venezuela y uno de los más relevantes en Latinoamérica. Este trabajo proporcionará un retrato de Cadenas como persona, más que como poeta, lo que permitirá entender mucho de los textos que escribe y ha dejado de escribir.

### **Presentación del trabajo**

Esta semblanza de Rafael Cadenas tendrá formato de libro.

## **Público lector**

Está destinada a un público general, especialmente a los interesados en la literatura.

## **Diseño de la investigación**

La investigación está dividida en los siguientes capítulos:

Capítulo I. *Cruzo las piernas*: aquí el lector irá al kiosco de periódicos y a la panadería con Rafael Cadenas. Se habla de sus casas, sus amigos, sus rutas. Su esposa, sus hijos y nietos. Es un capítulo dedicado a su cotidianidad actual, a sus nostalgias, al Barquisimeto del Río Turbio cuando tenía agua, a su cartografía literaria de Caracas, a sus conversaciones con los librereros. Al frío.

Capítulo II. *Oigo*: se aborda su faceta de introversión, el desarrollo de su imagen pública y sus hábitos de escritura y lectura. Se recorre el tránsito del silencio a la voz y del progresivo éxito de su obra; se muestra cómo lidia con el temperamento depresivo en el que reconoce vivir.

Capítulo III. *Me levanto*: es un capítulo atravesado por la actualidad, por lo político. Se conectan sus inicios en la política, como militante del Partido Comunista de Venezuela, con su regreso a la militancia, esta vez desde la palestra literaria y como opositor a los gobiernos recientes. Se habla de solidaridad con los amigos de la cultura y de la situación del país como obsesión del escritor.

Rafael Cadenas dice que disfruta de las fotografías –y de ser fotografiado– porque en ellas se muestra la realidad tal como es en un instante, “fijando así lo que no cesa de cambiar”. Es así como la semblanza pretende mostrar este momento de Cadenas que, a los 83 años de edad, tampoco cesa de cambiar. Se trata de una instantánea con un interés más noticioso que biográfico.

Julián González, en *Periodismo biográfico en Colombia II* (2003, documento digital), dice que el énfasis en la cotidianidad y la subjetividad constituyen el modo en que “se humaniza” la información de actualidad.

### **Delimitación**

Su forma de ser, su historia, la cotidianidad y sus afectos, más que su trabajo como autor, será el centro de este trabajo.

### **Limitaciones**

Rafael Cadenas no sabe usar la computadora y no tiene celular. No se maneja con horas puntuales ni con respuestas rápidas. Tampoco le gustan las entrevistas porque teme traicionarse, teme no ser cuidadoso con la palabra. Los grabadores lo ponen nervioso, las cámaras no tanto.

Para la etapa final de esta investigación Rafael Cadenas estuvo de viaje más de dos meses. Desde que se le planteó realizar esta semblanza dijo que prefería contestar las preguntas por correo electrónico y luego

comentarlas en persona. Pero su analfabetismo tecnológico, como él mismo lo llama, y su postergación, hicieron imposible la metodología propuesta.

Algunas personas clave no quisieron o no pudieron dar la entrevista por motivos de viaje, por salud, ocupaciones o por simple voluntad. Tal es el caso de Paula Cadenas, María Fernanda Palacios, Guillermo Sucre y Milena González. “Si somos prudentes, si sabemos esperar, la gente, antes o después, dirá lo que tenga que decir. O no. Y entonces también nos habrán dicho alguna cosa”, dijo Guerriero (2008, documento digital).

### **Proceso de realización**

Un libro elemental, después de leer toda la obra de Rafael Cadenas, fue *Entrevistas*, editado por La Oruga Luminosa (2000), que empieza por el año 1966 y termina en 1999. Ahí se reúnen casi trescientas páginas de entrevistas al escritor. Luego, fue preciso hacer una investigación más exhaustiva, buscando artículos recientes en el archivo del periódico *El Nacional*, así como en la web.

Al mismo tiempo, Rafael Cadenas fue contactado para iniciar los encuentros para las conversaciones que tendrían lugar en diferentes librerías, eventos y en el parque de su calle. El trabajo de la contextualización fue necesario para poder situar al autor en esta semblanza, porque, como dice Ryszard Kapuscinski en *Los cinco sentidos del periodista* (2003, p.18): “El texto periodístico funciona en su

pleno valor en determinada ubicación y en determinados momentos; en otros pierde muchos de sus valores automáticamente”.

Los encuentros con el protagonista no siempre se trataron de entrevistas o conversaciones, la observación directa también fue importante para la construcción de la semblanza. Ver sus lugares, sus amigos, su manera de ser y estar en una librería, en un evento literario, en su calle de regreso de hacer compras. Todos esos elementos de alguna u otra forma dieron testimonios sobre el personaje.

No hubo entrevistas escritas, aunque lo propuso desde el primer momento. Todo el material se recogió en acompañamientos y conversaciones.

### **Mapa de actores**

<b>Fuente</b>	<b>Razón</b>
Rafael Cadenas	Perfilado
Silvia Orta	Hijastra
Andrea Nolasco	Hija de Silvia. Vive con él
Harry Almela	Amigo .Poeta. Investigador de su obra
Victor Mijares	Su farmaceuta
Carmen Fernández	Socia del kiosco en el que compra prensa a diario

Rosa Severo	Dueña de la panadería a la que va siempre
Ruth Rodríguez	Psicóloga y escritora
Leonardo Padrón	Escritor. Entrevistó a Cadenas
Gabriela Kizer	Alumna
Rolando Peña	Amigo. Artista
Katyna Henríquez Consalvi	Librera de El Buscón. Amiga
Alessandra Hernández	Tallerista. Periodista
VictoriaDe Stefano	Amiga. Escritora
Willy Mckey	Amigo. Escritor
Alexis Romero	Dueño y librero de Templo Interno. Amigo
Andrés Boersner	Dueño y librero de Noctua, Amigo
Magdalena Boersner	Librera. Amiga.
Garcilaso Pumar	Dueño de la Librería Lugar Común
Michelle Ascencio	Amiga. Profesora jubilada
Carla Orta	Niestastra
Juan Carlos Méndez Guédez	Alumno. Escritor
Juan Carlos Chirinos	Escritor. Conocido
Rodolfo Izaguirre	Escritor. Amigo
Nelson Rivera	Periodista. Conocido

Elisa Lerner	Compañera de estudios. Escritora
Elisa Maggi	Amiga
Malena Sánchez Peláez	Amiga
Violeta Villar	Periodista. Amiga
Ricardo Ramírez	Librero
Paul Cevallos	Librero
Héctor Jaimes	Poeta
Roberto Martínez	Alumno y escritor
Vasco Szinetar	Fotógrafo y amigo

## Capítulo uno

cruzo las piernas

k

Entre el edificio de Rafael Cadenas y el kiosco en el que compra los periódicos, hay un teléfono público donde se lee un estencil que dice: “Alguien perdido sale a buscar a alguien perdido. Rafael Cadenas”. Y él pasa al lado de esas letras negras que lo nombran todos los días en la mañana, antes de las diez. Lleva tres diarios: *El Nacional*, *Tal Cual* y *El Nuevo País*. El otro día le dijo a Carmen Fernández, la kiosquera, que los curas iban a consagrar con ron porque ya no había vino. A veces suma al pedido catalinas y pan de leche.

Luego, es posible que vaya a la panadería Crostata. Es posible, sobre todo, si es fin de semana, porque así va con las nietas y salen cargados con dulces, refresco. Si va solo, pan. Rosa Severo, la encargada de la panadería, lo conoce desde hace muchos años, y ahí nunca lo ha visto leer periódico.

En la Farmacia Los Pinos Fórmulas Magistrales, compra sus pastillas para la tensión. Víctor Mijares, el farmacéuta, siempre lo ha visto solo. Y se lo consigue varias veces al día caminando en ese pequeño centro comercial de La Boyera, en Caracas. Para llegar a su casa, Rafael dice: “Vas a ver un centro comercial con un letrero del automercado Li Car. Li-Car. Con ce. Luego, a la derecha”. El automercado, en realidad, se llama Li Car Ch.

En ese lugar hacen las compras en la casa, ahí donde vive con su esposa Milena y su nieta Andrea. No van juntos a hacer mercado ni hacen grandes operaciones. Van los tres, de a poco, dos o tres bolsitas de vez en cuando cada uno. Luego de comprar, Rafael entra a su urbanización

por la acera izquierda, camina con algo de peso en las manos e intenta abrir la puerta, pero le cuesta un poco.

Desde la calle se ve la ventana con cortinas blancas de la biblioteca. Desde ahí se presienten las pilas de libros que le quitan metros cuadrados al apartamento, y se ve una orquídea. Su amigo, el poeta y ensayista, Harry Almela dice que para entrar a esa casa hay que hacerlo de perfil si no se quiere tropezar con nada: “Tienen repisas, hamacas, cuadritos, casitas de barro, cucharas viejas y los libros que ya no caben”.

La nieta de Rafael que vive ahí, Andrea Nolasco, dice que mientras pasan los años hay menos amigos y más libros, más hileras de libros, ocupando los espacios de la casa. Ya casi no van visitas. Los libros son los huéspedes permanentes.

Los libros siguen un orden dentro del amontonamiento porque Milena González trabajó como bibliotecaria en la Biblioteca de Trabajo Social de Universidad Central de Venezuela (UCV). Entonces algo de orden intenta aplicar con esos huéspedes permanentes.

Solo algo, porque le dedica tiempo a la cocina. Cocina mucho y muy bien. Pero no carne, o no para Rafael. Él solo come pollo y pescado, pasta. No le cae bien la carne. El queso debe tener poca grasa, la leche debe ser descremada. “Se cuida mucho, pero enloquece con los dulces, sobre todo los criollos”, cuenta Almela. El suero larense le gusta bastante, pero tuvo que renunciar a esa guaridad por su dieta. Igual no hay tierra larense que se lo recuerde o que le insista, porque ya no va casi a Barquisimeto.

Hace frío y Rafael tiene puesto un suéter marrón, ha llegado a usar tres al mismo tiempo en Caracas. El calor de Barquisimeto, su ciudad natal, ya no lo viste ni lo acompaña tanto. Aquí hay viento y hace frío.

Hay un parque en su urbanización que nunca tiene demasiado ruido. Un parque de piedras y grama. Con banquitos y árboles. Árboles que no son pinos, el nombre de la urbanización pareciera solo un acto de añoranza: Los Pinos. Solo quedan dos o tres, casi secos.

En ese parque le gusta dar las entrevistas. Ahí porque arriba está Milena. Milena y los libros, las repisas, los cuadritos, las cucharas viejas, los años reunidos en objetos; Chico, el bichón francés, haciendo ruido, y Fara, la gata callejera de Andrea. En ese parque le gusta y casi nunca hay demasiados niños. Ahí, con un frío que parece prestado de otro tiempo.

Mi corazón será como una rosa

Que una pareja dejó en un parque

En el ensayo que su amigo Manuel Caballero escribió y leyó en homenaje a Rafael Cadenas, en el coloquio Latinoamericano de Literatura del Ateneo de Valencia, llamado *Memoria de una amistad*, recuerda esos versos de parque de Rafael cuando era joven, cuando estaban en Barquisimeto, ahí, donde el frío pareciera no llegar. Versos de los tiempos

en los que Rafael dejaba de ser ese niño grandulón con el que todos se metían.

Caballero cuenta que el día que Rafael se reveló como poeta fue un doce de octubre, en 1942, en el colegio, cuando en un acto cultural leyó un poema escrito por él. “Por supuesto que no recuerdo nada de unos versos que oí distraído: solo que hizo rimar ‘misterios’ con ‘cementeros’, por lo que deduzco que fuese un poema gótico”.

Desde ese día, la actitud de los otros hacia él fue diferente. Lo respetaban, ya no era la “sopita” de los demás ni el grandulón que no aprovechaba su fuerza para que lo dejaran tranquilo. “Lo que hizo que yo tuviese que aguantar sin compartir con nadie las crueldades de los otros niños”, lamenta Caballero.

Pero a Caballero no le molestaba tanto esa revelación poética, en el libro *Manuel Caballero, militante de la disidencia*, dice Milagro Camejo, una profesora jubilada, que “no sabía que Manuel Antonio era tan tímido hasta que, en más de una ocasión, ofreció a Rafael Cadenas un medio a cambio de que escribiera poemas para Josefa Elena Carrillo, una enamorada del bachillerato, y se los dejara en el pupitre”.

Pero no fue la poesía. O tal vez no solo eso. Ese mismo día, doce de octubre de 1942, en ese mismo ánimo de celebración escolar, Rafael conectó un jonrón. Literal. Y se convirtió en el cuarto bate de la escuela.

Desde que, en ese mismo año, se fundó el equipo de los Cardenales de Lara, Rafael es su seguidor. “Antes iba mucho al estadio, era aficionado.

Por lo menos dos veces durante la temporada de béisbol iba al estadio con Silvio, el hijo nuestro. Ya no tanto, pero sigo la liga por la televisión, sobre todo la etapa final”. Algo queda de Barquisimeto.

Elisa Maggi, conocida como La Negra Garmendia, viuda de Salvador y buena amiga de la pareja Cadenas González, cuenta que Garmendia y Rafael no eran guaros hasta que se encontraban y hablaban en un dialecto propio. Caballero los recuerda juntos siempre: “Rafael dedicaba sus horas libres a pasearse por las asoleadas calles de Barquisimeto en compañía de Salvador Garmendia, unos pocos años mayor que él, quien le prestaba libros y le hablaba sobre ellos”.

Rafael dice que para entonces Barquisimeto era una ciudad muy pequeña, de aproximadamente de cincuenta mil habitantes, donde resultaba muy fácil reconocerse con un libro. La Plaza Altagracia no tenía esa forma circular. Y Salvador y él sentaban en un banquito que ya no existe. “Ellos fueron muy amigos en la juventud. Eran vecinos. Empiezan a hablar por los libros. Porque los dos siempre andaban con libros en la plaza. Salvador estuvo tres años en cama por tuberculosis, leyó mucho. Luego volvió a estudiar”, cuenta La Negra.

Para la época, había una librería bien surtida. Rafael lo cuenta en una conversación con Bayardo Vera, publicada en la revista barquisimetana *Papel Abierto*, en julio de 1985: “Había una librería de un señor Piña, que traía ese tipo de libros de buenas editoriales, pero baratos: de Austral, Tor, Sopena”.

La última casa donde vivieron Rafael y sus hermanos José María, Omar, Gladys y Honorio, y su casi hermano Rafael Cordero, está situada en pleno corazón de la zona histórica de Barquisimeto. La periodista barquisimetana y amiga, Violeta Villar, dice: “Es un espacio lleno de silencios en medio del bullicio. Es una magia muy suya que tiene la plaza Lara. Cerca está la plaza Bolívar, los tribunales, el concejo municipal y, sin embargo, apenas llegar a esa cuadrícula histórica, el tiempo queda detenido”.

La casa de los Cadenas aún conserva su fachada antigua. Y Rafael se mantenía curioso ante ella la última vez que fue para allá a propósito del Doctorado Honoris Causa conferido por la UCLA, el 14 de noviembre de 2012. Cuenta Villar en la nota titulada *Cadenas, el honor de la poesía*: “La reja de la casa 16-45 permanece cerrada sin medir ilusiones. El poeta quiere entrar: recorrer su patio interno, sus pasillos antiguos y los cuartos donde fue feliz”. Pero el dueño no estaba, “tampoco la casa es la casa pero, y lo celebra jubiloso, en el antiguo hogar sacan fotocopias y se ocupan de otros menesteres vinculados con el oficio de la tinta y el papel”. A los 15 años de edad Rafael ya le dedicaba letras a ese lugar al que no regresó:

Mi casa está sola

la dejamos un día entre lastimosas

despedidas de madre

tocamos y nadie contesta,

mi casa está sola, nuestra casa hermano,

está sola

y ni sé que habrá quedado allá adentro

Y cerca de esa casa está el Río Turbio, donde se bañaba con sus amigos. Aquellos tiempos cuando el agua le llegaba a la cintura. Ya el río está seco y no quedan tantos amigos.

Villar cuenta que Rafael ve los lugares de su infancia con profunda nostalgia. “No olvidemos que la edad no perdona ni a los poetas. Rafael Cadenas, cuando viene a Barquisimeto, siempre gusta compartir sus recuerdos con estos espacios donde fue feliz. Donde fue un niño que corría libre”.

Rafael comenzó a leer mucho desde temprano: “Primero, desde los once, yo leía cómics, después libros sin imágenes”. Y a los doce, más o menos, conoció el mar con su papá, Toribio, un hombre de bigotes y con poco pelo. Corpulento, como lo es Rafael.

Su primera obra *Cantos iniciales* también fue precoz: se publicó allá en Lara, cuando Rafael tenía 16 años, gracias a una señora muy importante en la cultura barquisimetana de esa época: Casta J. Riera. Ahí también

Salvador, quien le hizo aquel prólogo a Rafael, fue publicado por primera vez.

El escritor barquisimetano Juan Carlos Méndez Guédez, residenciado en España, recuerda a su mamá contándole sobre Rafael Cadenas, de sus poemas y de un día que el poeta barquisimetano (dos títulos de los que no hace festejo) le tocó la puerta de la casa; de la emoción que sintió: “Cuenta con mucha alegría que al abrirla vio un hombre muy bien parecido que era el joven poeta Rafael Cadenas”.

Pero se secó el río, terminaron los juegos de la niñez, los partidos de béisbol, los días en la escuela Simón Bolívar, las lecturas en la plaza con Salvador, y entonces llegaron la política, las protestas, el partido comunista y todas las cosas que lo mandaron al exilio de su propia tierra. La tierra a la que ya no va casi: “Dejaron de invitarme a Barquisimeto, antes iba por lo menos una o dos veces al año, pero varios de los amigos se pasaron al gobierno. Yo también dejé de ir. No mantengo contacto con la familia que me queda allá”.

Desde hace más de treinta años La Boyera es su lugar. Viaja al exterior del país con mayor frecuencia que al interior. Le hacen muchas invitaciones para lecturas y eventos literarios, sobre todo en España. Y siempre va a Montpellier, al sur de Francia, donde viven su hija Paula, su yerno y sus dos nietos. Ahí en el parque habla de la hija mayor de Paula: Ana Paula. Sonríe, se muestra orgulloso. Afirma su inteligencia: “Va para cinco años. Habla francés y español. Ya en el español se le nota un acentico con las erres. Allá dicen que ella habla mejor francés que los

niños. Debe ser la capacidad de ella, por tener que manejar dos idiomas”.  
Lo dice y no hay niños en el parque de su calle.

Paula, una de sus hijas o la única hija. En total son tres, pero dos, Silvia Cristina y Silvio Humberto, son de Milena y Silvio Orta, el anterior matrimonio de su esposa. Ellos dos van los fines de semana a su casa, al igual que Paula antes de irse a vivir a Europa. “Me gustaría que Paula estuviera aquí, estudió Letras acá y ahora está haciendo su doctorado en Francia. Sí. Me hace falta”.

—Los hijos de Milena me dicen Rafael o Rafa. Nunca me dicen “papá”, solo en las celebraciones, de repente. Como en año nuevo, les da por decirme “papá”. Yo les digo “hijo” o “hija” cuando es necesario. Por ejemplo, cuando llamo al trabajo de Silvio y me preguntan de parte de quién, respondo “su papá”. Y en realidad es así, porque los que los criamos fuimos nosotros.

Un día, al otro lado del teléfono, después de preguntar por Rafael, se escucha un: “¡Papaaaá, te llaman por teléfono! ¿Qué programa tan feo de tiburones es ese que andas viendo en la tele?”. Ni Silvio ni Silvia le dicen “papá”. Pero Andrea, la hija de Silvia, su nieta, sí. “Desde siempre he vivido aquí: 28 años. Yo no veo a Rafael como abuelo, él es mi papá. Ellos me agarraron desde que nací”.

Silvia Cristina le agradece a Rafael la adoración por sus hijas y todo lo que ha hecho por su familia. “Él nos terminó criando a todos”, dice su

nieta Andrea. La escritora y amiga Victoria De Stefano conoce a la pareja desde los años de estudiantes en la Universidad Central de Venezuela. Él en la escuela de Letras, Milena en Arte y Victoria en Filosofía. Era 1958. Asegura que fue importante que Milena le haya dado una familia desde el principio, en ese momento de su vida en el que llegaba del exilio y rondaba los treinta años de edad: “Para él, entrar en una relación ya con hijos fue vital, lo hizo crecer, alejarse de su estado depresivo”.

“Déjelos tranquilos, Milena, son unos niños”, dice De Stefano como si fuese Rafael, intentado armar con la frase una de las escenas recurrentes de la casa. Sí, se hablan de usted y Milena es la que pone orden dentro del hogar. Andrea dice que ella es la autoritaria, la que manda.

Milena también es la que tiene que decir que no. La Negra comenta que “la mitad de la humanidad odia a Milena” porque es difícil ser la compañera de los creadores. Y pone de ejemplo su relación con Garmendia: “Salvador quería que yo lo protegiera, que le evitara las cosas que lo molestaban o distraían, como las diligencias. Quería que yo filtrara llamadas, que dijera que no a los tesisistas, que fuera antipática con los que lo buscaban”. Y La Negra cree que Milena ejerce ese papel. De hecho, es ella quien usualmente atiende el teléfono de la casa.

Rafael no viaja sin su esposa. La argentina Malena de Sánchez Peláez — “yo soy Malena Coelho pero así nadie me reconoce, entonces siempre uso el apellido de Juan, ¿entendés?— viuda del escritor venezolano y cercana a la pareja, dice que Milena es la que prepara todo, carpetas, pasajes, horarios y la que le pregunta si va a llevar tantos libros. De Stefano cree que ella es un soporte en lo práctico y que eso le da a

Rafael tranquilidad y seguridad.

Almela dice: “Milena se lo vacila, es una loca desatada pero muy centrada en lo que hace. Siempre viajan juntos. No podría Rafael viajar solo, se pierde. Milena se encarga de esos detalles”. La Negra cuenta que ellos se están corrigiendo todo el tiempo: “Son una pareja maravillosa, de contrastes. Y Milena es alborotada”. Malena recuerda a Milena flaquita, con minifalda y en un Volkswagen.

—Sí, ella se ocupa de todo, es demasiado. Se sobrecarga, a veces, de tareas prácticas. ¿Sabes todo eso que se hace cuando uno va a viajar? Bueno, ella lleva las riendas en eso. Y es así en casi todo. Y yo sé que soy bastante pasivo. Eso es un rasgo que va con el carácter depresivo, al menos en mi caso. Hay personas depresivas sumamente activas.

Rafael valora su compañía. Sin embargo, Milena no va mucho a presentaciones de libros ni a eventos literarios. No es común verlos juntos en Caracas, ni siquiera en el pequeño centro comercial de La Boyera. Víctor Mijares, el farmacéuta, dijo varias veces que a Rafael siempre lo veía solo. Milena aparece en los homenajes de su esposo. Desde hace unos meses, después de un accidente en una rodilla, se le dificulta más movilizarse por Caracas.

“La conocí en casa de mi hermano. Fue un amor que se dio de a poco”. Suman muchos años juntos, pero Rafael no lleva la cuenta porque siempre ha sido muy malo para las fechas y ya tiene 83 años de edad. Y

cuando no se acuerda de algo, cita a su amigo Caballero: “Si a uno se le olvidaba algo, generalmente un nombre, él decía: ‘Ese es ese doctor judío’. ¿Sabes? El Alzhéimer”.

### **Boston y los gastos comedidos**

Los viajes se terminan de dar gracias a Milena. Pero son por Rafael y su oficio. En el año 1986, él se ganó la beca Guggenheim. Y se fueron a Boston, Estados Unidos, por un año. Cuenta De Stefano que era la primera vez que salía del país después de su exilio en Trinidad, que duró desde el año 1952 al 1956, durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

De Stefano, quien los visitó junto con María Fernanda Palacios allá en Boston, convivió con ellos en su pequeño apartamento: “Una mañana me despierto como a las seis. Yo iba al baño, y de pronto lo veo en un pasillo, ahí sentado en una mesita mínima, haciendo unas traducciones. Tranquilo. Vivían muy modestamente”. Ella piensa que estar allá lo ayudó a descubrir el mundo del viaje, ese mundo que ahora frecuenta más en esta etapa de su vida.

Pero con resignación y mirando para el piso, Rafael afirma que los viajes cada vez son más difíciles en todo sentido. “Nosotros somos pobres. Nos queda lo de la jubilación y un poco de dinero del premio de la FIL”. El *Premio FERIA Internacional del Libro de Guadalajara de Literatura en*

Lenguas Romances se lo ganó en el año 2009. El reconocimiento le da 150 mil dólares al ganador.

Andrés Boersner, dueño y librero de la Noctua y presidente ejecutivo de la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, cuenta, desde su oficina que llama “la baticueva”, que Rafael –asiduo al lugar- es un hombre cuidadoso con los gastos y que de vez en cuando aparta libros o pide pagarlos en dos partes. “A veces los aparta y se le olvida. Y yo un tiempo después, hasta un año, le digo: 'Mira, Rafael, ¿te acuerdas de este libro? Lo dejaste apartado hace tanto tiempo' y él echa un tarjetazo”.

A ese premio de la FIL los acompañó Malena. “Un día Milena me llamó y me dijo: ‘Vámonos para Guadalajara’. Yo compré enseguida mi boleto”. Se queda pensando y sonrío. Dice, después de tomar una bocanada de su cigarro, que fue divinísimo: “Fuimos con una sobrina de Milena, Paula, el esposo y la niña. Rafael se veía tranquilo antes de recibir el premio y después también. Siempre despreocupado. Tranquilazo. Tal vez es porque tiene a Milena al lado”.

### **Un buscón**

Rafael no tiene carro, se mueve en transporte público. Sabe manejar, o al menos sabía. Lo hizo hace mucho tiempo durante siete o nueve meses en un carro Renault pequeño que luego le dio al hermano. En su casa solo hay un carro que usa la nieta Andrea. El escritor Willy Mckey dice que el título de su poema *Carro por puesto*, de *Memorial*, es uno de los pocos

versos urbanos que tiene, y cuenta que nunca han sabido traducir el título a otro idioma y siempre terminan dejándolo así.

### ***Carro por puesto***

Viento en el rostro

constelaciones familiares -Escorpión, Toro, Sagitario-

avisos de negocios, calle-carretera, ladrido de perros;

la rutina conduce como por un hilo al hogar:

lámpara, otra luna en la ventana,

libros sabios,

papeles.

Recorrido

que anuda las noches

en una sola.

El barrio siempre

descarnado

con sus vísceras afuera.

Todo eso eres,

destilada sombra.

La separación es sólo contrafigura

de un ver.

Malena cuenta que Guillermo Sucre y Salvador, como Rafael, no manejaban. La escritora Michelle Ascencio afirma que Rafael es un gran conocedor de Caracas: “La conoce en autobús y en carrito por puesto.

Nunca le ha gustado manejar. Siempre conoció el sistema de autobuses. Le parece muy interesante y se mueve, recorre”.

Y cuando sale de ahí, de su lugar en La Boyera, va hacia El Hatillo, Chacaíto, Chacao, pero casi siempre hacia un lugar que le queda más cerca: la librería El Buscón, en el Centro Comercial Paseo Las Mercedes. No es su favorita. No dice cuál es su favorita. Pero le gusta. En el libro *Palabras de El Buscón*, publicado en 2011 por la editorial Equinoccio, él escribe un texto publicado “Pórtico”, en el que habla de la librería y se le antoja llamarla “lugar codiciadero para hombre cansado”. Afirma que es un espacio luminoso en medio de tantas oscuridades circundantes. Para él, El Buscón es un refugio que alivia a las personas de una ciudad que maltrata los sentidos de sus habitantes. Cuando quienes la atienden lo ven llegar a través de la vidriera, lo anuncian entre ellos: “Mira, voltea, llegó Rafael”. Y luego lo saludan sin mucho apremio, ya es parte del lugar.

Tan del lugar, que tal vez cuando entre y empiece a caminar entre los estantes le den un cheque a su nombre. Y tal vez en una mano lleve en una bolsita libros para vender.

“Cuando empecé a trabajar aquí no sabía nada de que Rafael venía. Hasta que de pronto un día lo veo y me da unos libros. No entendía mucho y yo no le dije nada porque... ¿qué se le puede decir a Rafael Cadenas? ¡No le voy a pedir un autógrafo!”, dice Paul Cevallos, empleado del establecimiento.

Rafael tiene un código en la librería El Buscón. Ahí deja uno libros, si se venden, la mitad es para él; la otra, para la librería. Desde el 2004, tiene

allí su ficha. Ha llevado más de 1.500 libros. Sólo quedan 260 por vender. En total, hay una ganancia de 64.590 bolívares, que se divide entre dos.

Cevallos cuenta que Rafael siempre va, lleva libros, busca su cheque. Dice no se pone a revisar demasiado. “Generalmente se para en la sección de libros de novedades de poesía y literatura venezolana, también en la ‘sección buscona’, en la que hay muchos viejos usados. Él no es como otros autores que llegan a preguntar dónde están sus libros”.

Katyna Henríquez, la librera y amiga de Rafael, dice que a él le da pudor: “Me pide que no diga mucho que los libros son suyos. Y todos los libros aquí tienen un código. Antes los de él tenían uno que lo delataba más, incluía todo su apellido. Él me pidió que lo hiciera más corto”.

Ella cuenta que es como un truco. Y así, desde el 2004, ha renovado su biblioteca con libros que ya leyó, que tiene repetidos o que ya no quiere tener. “Está dejando su mundo acá, sus vivencias literarias. No sabes la alegría que le da a la gente cuando sabe que el libro que está comprando fue de Rafael”. Y dice que lleva muchos títulos variados, pero principalmente de filosofía, una de sus obsesiones.

Rafael es uno de los proveedores más consecuentes. Dice Cevallos que lleva mucho y de todo: “Mira, desde Sofía Ímber hasta Arráiz Lucca”. Ha dejado libros de autores como Haiku, Heidegger, Nietzsche, Cortázar y de sus amigos Montejó y Caballero. Como contraparte, para la fecha Rafael tenía reservados *Stendhal y otras figuras*, de José Luis Sánchez Trincado y *No puedes leer esto: libros prohibidos, escrituras perdidas, malas traducciones y códigos*, de Val Ross, de Los Libros de El Nacional.

La Negra dice que esa práctica que pareciera meramente comercial es para renovar su biblioteca y, sobre todo, para tener algo que hacer. “Llevo una vez al mes libros a El Buscón. Son más que todo los que ya he leído, que no me interesan o de los que tengo dos ejemplares”.

Y Rafael no carga solo con bolsas que dejará. También con su emblemático bolso terciado. Su amigo Andrés Boersner dice que el bolso es una estrategia de cualquier esposo lector: “Uno siempre termina comprando libros y entonces cuando llega a la casa tienes que esconderlos porque si no la esposa arma un lío. Nunca se lo he preguntado, pero estoy seguro de que es un poco eso”.

### **Hombre de pocos colores**

Pero no son los libros que escribe y vende los que lo han mantenido. Su nieta Andrea dice que antes que todo, él es profesor. Que de eso ha vivido. Rafael ha estado en la UCV desde que terminó su bachillerato en el liceo Pedro Gual de Valencia hasta que se jubiló. Ahí comenzó estudiando Derecho mientras vivía en la que llamaron la “Pensión Caraota”, según el libro *Manuel Caballero, militante de la disidencia*. El hospedaje quedaba en el número 26 entre las esquinas de Pelota y Abanico, en el centro de la capital. “La pensión de doña Julia Zajía fue la residencia de Chicho –Manuel Caballero- durante los primeros años que vivió en Caracas. Allí también cohabitaban, entre otros, los hermanos Rafael y Omar Cadenas”. La procedencia del nombre se debió a que en el menú de cada comida doña Julia incluía, invariablemente, caraotas. La

tarifa mensual era de doscientos bolívares, y, además de la comida, les lavaban la ropa.

Elisa Lerner comenzó con Rafael esa carrera que luego él abandonó. “Comenzamos Derecho juntos, hacia finales del 50 del pasado siglo en la vieja universidad de la esquina de San Francisco”. Ahí tuvieron muchos profesores importantes: “En un país de tradición militar oscura, nuestros cuatro profesores eran una suerte de héroes de la inteligencia civil: Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Edgar Sanabria y Rafael Pizani”. Ella estaría por cumplir 18 años de edad y, Rafael, tal vez 20.

Para esos momentos, Lerner era una de las pocas que ya sabía de él, de su poesía, de su libro publicado a los 16 años. “En un momento entre clases procuré abordarlo. Mi fracaso fue estruendoso. Me encontré con un silencio de piedra, lo callado de una gran montaña. No estaba acostumbrada a esos silencios grandes de la vasta tierra interiorana del país. No hubo mayor comunicación”. Lerner era una de las primeras de la fila; Rafael, más hacia atrás. Luego no podrían continuar, cuenta Lerner: “La universidad no abrió para el curso del próximo año, hubo una huelga petrolera, otra estudiantil; varios estudiantes que desafiaban la dictadura fueron puestos presos y luego enviados al exilio, como Rafael”.

De 1952 a 1956, Rafael estuvo en el exilio, en la isla de Trinidad y Tobago. Esos fueron años de luz, más que de lamentos o nostalgias. Cuando volvió, estudió Letras. De Stefano lo recuerda con los mismos colores de ahora y una chaqueta gris: “Se vestía muy pobrecito, con una gran sencillez. Zapatos nunca muy nuevos. Garmendia contaba que cuando él y Rafael iban a la calle parecían unos mendigos”. De Stefano

comenta que para esos años no era un hombre feo, pero tampoco buenmozo: “Era más bien un hombre triste”.

Juan Carlos Méndez Guédez, también alumno, recuerda que a sus clases asistían como oyentes muchos estudiantes de otras escuelas, hasta de medicina. “Era un profesor dedicado, concienzudo, llegaba con sus libros, sus páginas marcadas. No se fiaba del genio, ni del delirio. Nos metía dentro de los poemas y dentro de la vida que los poemas encarnaban. Sus clases eran pausadas; sabias; sosegadas”.

El escritor Roberto Martínez Bachrich fue su alumno del primer semestre: “Uno traía el material leído y el taller que él hacía era preguntando y hablando. Buscaba llegar a ideas hermosas sobre la lectura. Cada semana o cada quince días entregabas una lectura. Las correcciones eran para cada quien, no se discutían”.

En los años ochenta se jubiló. Y una de sus compañeras, también jubilada, Michelle Ascencio, cuenta que le gustaba mucho estar cerca de Rafael en aquellos días de la universidad. La relación se mantiene:

—Yo me enfermé. Y yo sé que a él le cuesta mucho llamar para preguntar por mí. Pero está preocupado. No me va a decir “llamo para saber cómo sigues”. No. Él llama y me dice: “Aló, sí ha llovido, ¿verdad?” Y yo agarro el teléfono y me le adelanto y le digo: “Rafael, ¡estoy mucho mejor!”. Y ahí sí empezamos a hablar de otras cosas.

## **Una ruta por escrito**

No tiene caja de herramientas, pero se defiende. No pasa lo mismo con la tecnología. En la casa no usa casi la computadora porque no sabe hacerlo. Mira algunos mensajes de su correo Hotmail. Y le pide ayuda a Milena para responder. A veces a Andrea. “Estoy fuera de la modernidad: mi hija dice que soy un analfabeta electrónico”. Pero solicita que le pasen las preguntas de cualquier entrevista al correo. Al correo que le cuesta llegar y luego responder. Tampoco tiene celular.

En la casa no es muy conversador, se refiere a cosas puntuales, aunque de vez en cuando se guinda a hablar. Cuando está triste, como en las recientes muertes de sus más cercanos amigos, pasa mucho tiempo en silencio, a veces días. Entonces Andrea y Milena se dan cuenta de cuán afectado está.

El trío no comparte mucho durante las comidas; cada quien va al ritmo de su propio apetito. A Rafael le gusta el yogur descremado. En la mañana se desayuna sus tres periódicos para cumplir con la cuota de tristeza, para leer las noticias de esta guerra:

## ***Argumentos***

Por la mañana

leemos anestesiados

las noticias  
de la guerra (cualquier guerra),  
un titular  
bien merece algunos combates;  
cada bando  
desea demostrar que Dios  
está de su parte  
con el argumento definitivo;  
nuestros ojos recorren  
las páginas  
—buscamos más confirmaciones  
de nuestra derrota  
y el periódico trae lo que esperamos encontrar.

*Memorial (1977)*

Cuando sale no varía mucho las rutas, siempre está en las librerías: “Voy a El buscón, Noctua, Templo Interno. Y también a la nueva, la de estos jóvenes, Lugar común. A veces, cuando ando por Sábana Grande me acerco a Suma”. Pero cuenta que los amigos que iban antes ya no van, sino que se reúnen más en el Este. “Tal vez por la inseguridad”, dice.

El periodista Nelson Rivera lo recuerda en la librería Suma, hace veinticinco años aproximadamente:

—Voy desde la avenida Francisco Solano López a la Librería Suma, en Sabana Grande. Entonces no conocía a Cadenas, pero podía memorizar secciones enteras de su poema *Derrota*. Había entonces un pasaje (no sé si existe aún), que comunicaba las dos avenidas. Eran como las dos de la tarde de un día espeso y caluroso. El sol mordía. Al salir del pasaje, esta escena: Cadenas, enfundado en una chaqueta, está sentado en un banco de cemento, inmune al calor, al gentío y al ruido de la zona, leyendo un libro, impertérrito. Me acerque. Quise saludarlo. Pero cuando estuve como a dos metros, a punto de hablarle, sentí que aquello era como profanar su concentración.

Andres Boersner también lo recuerda por esos lados de la capital, hace más de treinta años. Lo conoció ahí, en la librería Suma, a comienzos de los ochenta: “Cuando salía de la universidad generalmente me iba a la librería Élite, a la del Fondo de Cultura, Suma y a veces también hasta Lectura. Me llegué a conseguir a Rafael en tres librerías en un mismo día sin ponernos de acuerdo”. Y ahí, en Suma, dos tímidos se conocieron entre frases como “¿qué tal este libro?”, “este no me gusto”, “mira este”.

Ahora Boersner lo recibe en su librería Noctua. Ambos son presidentes de la Fundación Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana. Boersner, ejecutivo; Rafael, vitalicio. Él lo recibe en su librería y muchas veces le da libros que la gente le deja para que él los firme: “La gente también es tímida. Me dicen: ‘Oye, yo sé que aquí viene Rafael, entonces ¿tú podrías decirle que me firme el libro?’. Rafael siempre me pregunta sobre la persona que quiere que le firme el libro. ‘¿Pero él quién es? ¿Qué hace?’”. Boersner le tiene que dar datos, información. Y eso lo toma en cuenta a la hora de dedicar libros. “Otros escritores no le paran a eso, les

basta poner 'Con afecto, fulanitodetal'. Él sí tiene esa especie de atención. Aquí le tengo tres para firmar”.

A la Librería Lugar Común también va, “a la de esos jóvenes”. Garcilaso Pumar recuerda cómo a pocos días de ser abierta, cuando casi nadie sabía del lugar, se encontró a Rafael viendo desde afuera, detenido, sin entrar. Cuando lo saludó, se quedó viéndolo inmóvil como si lo hubiesen descubierto haciendo una fechoría. Garcilaso lo invitó a pasar y dijo que no, que mejor no, que pasaría luego, cuando tuviese más tiempo. Entonces él le dio un libro de la editorial Lugar Común: “Cadenas lo agarró rapidísimo, me agradeció y lo guardó nervioso, sin verlo, en el bolso”.

### **Días de beige**

A Rafael se le ve deambular por el centro comercial que queda a pocos pasos de la entrada de su edificio. Un centro comercial sin pretensiones, de tiendas elementales, de aspecto casi triste. Camina lento, camina con marrón, verde oliva, beige y a veces un poco de azul. Porque él no cambia los colores de su ropa, los repite y los sostiene en ese caminar que pareciera premiar el sosiego.

Nelson Rivera vivió hace aproximadamente veinte años en la misma urbanización de Rafael, y lo recrea solo y despojado, con una imagen que lo lleva a pensarlo como un hombre de lo mínimo imprescindible:

—Era diciembre, un veinticuatro de diciembre. Me levanto muy temprano y, apenas abren el automercado Cada (otra desaparición de nuestra urbe), a las ocho de la mañana, entro a comprar pan, mantequilla y mermelada. Una compra mínima. Es posible que me haya distraído. Pero a los minutos me dirijo a la única caja-cajera que está en funcionamiento a esa hora temprana. El automercado está casi vacío. Está todo en silencio. De un pasillo, casi al frente a la cajera, caminando sin apuro, aparece Cadenas. Conduce un carrito enorme. Corrijo: un carrito enorme y casi vacío, tan vacío como el automercado a esa hora. Cadenas lo empuja con parsimonia. Miro al carrito de Cadenas. En efecto: está vacío salvo por esto: en el compartimento superior, al lado de la barra de conducción, Cadenas lleva dos hallacas. No más que dos hallacas. Dos hallacas que posiblemente ha sacado del congelador.

Rafael no se ve fuera de Venezuela, o no se ve bien. Su nieta Andrea se va el año que viene a Montpellier. También. Las dos personas que lo llaman papá estarán en Francia. Ellos se quedarán solos. “El tema de irse a mí me cuesta un poco más que a Milena. Pero no tenemos recursos para hacer eso. Es un viaje caro y estar allá cuesta muchos euros. Uno está muy acostumbrado a sus lugares, al lugar donde vive”. En pocos días irán de vacaciones a Europa, a pasar el verano con la familia de Paula y a cumplir compromisos de Rafael en España. Pero regresarán en dos meses a los hábitos caraqueños.

Sí. Él es un hombre de rutinas, de dieta, de colores y silencios repetidos. “Llevo meses aquí, entre La Boyera, El Hatillo y La Trinidad. Ya no bajo tanto”. Eso lo saben sus vecinos. Y también el autor del esténcil que conoce sus andanzas mañaneras y le muestra sus propias palabras. En la

urbanización Los Pinos hay hojas de árboles caídas en el suelo. El viento y el frío le preocupan. Se mira el suéter como si le hiciera falta más que eso.

## Capítulo dos

oigo

o

Iba a llover. Eran las cuatro de la tarde y el cielo tenía los colores de las siete. En el parque vecino a su edificio, donde –así lo manda la rutina– volvió a acordarse el encuentro, había niños contentos. La conversación sería una compilación de gritos, columpios que nadie se robó, silencios y palabras entrecortadas. La posibilidad de subir a su casa nunca estuvo planteada y, menos, a pocos días de regresar de Europa: “Está hecha un caos”. Fácilmente la lluvia acabaría con la entrevista. Entonces, él mismo, que aún lucía fatigado en una camisa blanca de tela fresca y con una barba que parecía tener un origen transatlántico, planteó la solución: “¿Tienes carro?”, preguntó. Y propuso continuar allí adentro.

Así fue: en la silla del copiloto estaba Rafael Cadenas hablando de psiquiatría, depresiones, escritores, amigos y de la situación del país, uno de sus temas imprescindibles. Hablar, narrar, evocar, no era un atasco ni el clima de este domingo era una excusa. Tampoco se ahorró compartir sus recientes problemas estomacales. A Francia, a España y a la crisis quiso regresar varias veces durante la conversación: “Los viajes cada vez son más difíciles por la edad, por el costo. En España se ha recortado mucho el dinero para la cultura. Las veces que yo había ido eran por invitación de una institución allá. Esta vez no fue así”. Los verbos se conjugaban en tiempo de jet lag y todavía no llovía.

Durante el recorrido para salir de Montpellier e iniciar el regreso a Venezuela, Rafael y su esposa Milena perderían uno de los trenes y se enfrentarían con una de las derrotas más claramente predecibles de la humanidad: la del hombre frente a la maleta. Era el calor de agosto de 2013 y dos meses en la provincia francesa, además de algunos días de

charlas en Madrid y Barcelona, convirtieron el equipaje en una molestia. “Nos ayudó a meter las maletas al tren un coreano, pero no de Coro”, dijo riéndose de su propia gracia y reconoció su cuota en el peso: “Llevo libros creyendo que los voy a leer y sabiendo que voy a comprar allá. Traje casi todos de filosofía, no de literatura”.

En Caracas, y también en el extranjero, el criterio de austeridad abarca todo en Rafael: el índice de los géneros que prefiere leer, la voluntad para escribir; todo menos la hechura de las maletas. “Esta vez no escribí nada, aunque generalmente no escribo en los viajes. Escribo muy poco y tampoco leo”. Tiene, dice, tareas más gratas: ser abuelo de los dos hijos - de cinco y dos años de edad- de Paula. Aunque, a los 83 años de edad, todavía reserva algunas actividades, sin prisa, para el futuro: “Las memorias, las biografías, las autobiografías y la correspondencia me gustan más que las novelas. Leo poca narrativa. Tengo deudas con ese género. También leo poca poesía; el ensayo me atrae más. Pienso dedicarme a leer más poesía, como una tarea”.

### **Motivos para hablar**

Las rodillas de Cadenas tocan la guantera, la mano pequeña y delgada le sirve de apoyo para no derramarse del asiento. Casi empotrado en el carro, su narración no se detiene por asuntos de ergonomía. Tampoco por el sopor de la lluvia contenida. Había elegido hablar, y hablaba. “Sí”, responde a alguna pregunta. Y hace silencio. Así se queda y no se sabe

si es el final o una pausa para ordenar el cuarto de las ideas. Casi siempre es lo segundo. Contempla palabras que solo él puede ver.

“El escritor, como decía Alejandro Rossi en una charla, tiene que aprender a esperar, a esperar la palabra necesaria, la palabra justa, la palabra que corresponda”, le dijo a Harry Almela en el Taller de Poesía del Celarg en 1993. Esa lentitud es su expresa voluntad. No se trata de indisposición al diálogo menudo, sino de los distintos matices de la calma. “Soy introvertido, pero los introvertidos también hablan”.

La tendencia a la introversión que Rafael destaca de sí mismo es asociada, por aquellos que lo tratan con más distancia, a la timidez. El escritor y crítico de cine Rodolfo Izaguirre la llama “la presunta timidez de Cadenas”.

—Siempre ha sido callado, para su propia gloria. Quiero decir que ha entendido mejor que cualquiera de nosotros que el silencio devuelve a las palabras el resplandor que ellas han perdido a causa del incesante parloteo y charlatanería que nos envuelve y nos precipita, a veces, a emitir juicios equivocados, afirmaciones injustas y a hablar de lo que no sabemos. El silencio no es timidez como podría pensarse del que envuelve a Rafael. Tampoco es que él carezca de espontaneidad. Habla mucho cuando encuentra motivo y ocasión para hacerlo.

Izaguirre, compañero de Rafael en la oposición a la dictadura de Pérez Jiménez, cita al escritor francés Jean Bies, quien afirma que el verdadero

silencio es voluntario, consciente y momentáneo. Es elocuencia ininterrumpida. El librero Andrés Boersner menciona la inconveniencia de ese silencio en algunos escenarios.

—En la medida que calienta motores, él se vuelve más conversador. Por ejemplo, en un programa de radio es un desastre. Una vez los de Lugar Común lo invitaron al programa de la emisora cultural y yo les dije que tenían que hacerle una trampa, que debían hacer como si comenzara el programa y que empezara en realidad una media hora después, sin que él supiera. Cuando tú hablas con él por teléfono, te das cuenta. Hay unos silencios tremendos.

Un verdadero imposible. Dos años estuvo Leonardo Padrón insistiéndole a Rafael para que participara en su programa de radio Los imposibles, que luego se compila como libro. “Cada día encontraba una nueva excusa para postergar la entrevista”, cuenta Padrón. Las preguntas debieron ser enviadas al escritor por correo —ese que casi no revisa- y él llevó todas las respuestas en un papel. “Era la primera vez que me ocurría algo así. Cadenas no se permite emitir ligerezas verbales. Cada respuesta que emitía la cotejaba con lo escrito. Y a veces las leía. El arranque no era muy promisorio. Todo estaba signado por un camino artificioso, si se quiere”.

Padrón, ya en emergencia por el ritmo que iba tomando el programa, aprovechó el hecho de que se grababa en su propia casa, asaltó la despensa y le ofreció un buen vino blanco. “Todo fue cambiando. La

elocuencia apareció, él abandonó el papel escrito. Terminé grabando más de dos horas de conversación”.

En esta tarde de nubes constipadas, y sin vino blanco, Rafael tiene motivos para hablar: su visita, junto con Paula (“que es mi intérprete, ella sí maneja muy bien el francés. A mí me cuesta entender el que hablan en Montpellier”) a Bruno Roig, editor y dueño de Fata Morgana fue uno. Roig le publicó en 2003 *Fausses manœuvres* (Falsas Maniobras).

—Vive en las afueras de Montpellier, en un sitio que es como para no salir de ahí. Su casa y la de la editorial están en un bosque. Él edita lo que le gusta leer. Dice que tiene la manía de que uno le dé manuscritos. Tiene hasta de Boudeliere, unos carísimos. Yo copié un poema breve y se lo llevé, pero a él le gusta el original, con tachaduras, donde se vea el trabajo.

Sin pausa, ensambló con otra memoria: un encuentro sobre literatura, a finales de junio, en la Salle Pétrarque, organizado por la comunidad de amigos franco-colombianos de Montpellier, asociación donde trabaja Paula. “La hija mueve mucho eso allá. Hice una lectura con un poeta español y otro hispanoamericano”, dice sin precisar los nombres. Cuando Rafael extravía un dato baja la cabeza y pone la mano en la frente, como si así pudiera rescatarlo del fondo, de algún fondo.

En una de las reseñas de la asociación que invitaban al evento informan que lo acompañaron Diego Valverde, español-peruano, y Carlos Vitale,

argentino. Para presentar a Cadenas usaron en la web algunos poemas de su libro *Intemperie* (1977).

Ce qui me fait tenir

c'est vivre en suspens

sans aucun signe

ni carte

ni promesse,

dans une antichambre où tous s'affairent

comme des employés

pour oublier.

Me sostiene este

vivir en vilo

sin ninguna señal

ni mapa

ni promesa,

en una antesala donde todos trajinan

como empleados

para olvidar.

“Sauramps”. No olvida el nombre de la librería de Montpellier en la que se pasea –también- “por esa sección que llaman espiritualidad, donde hay filosofía y psicología” y compra los ejemplares que ocuparán el espacio de la ropa vieja que decidió dejar en Francia para aliviar la carga. En España fue de compras a las sucursales de la Casa del Libro y, en Madrid, coincidió con la feria en El Retiro, a la que asistió un par de días. Los títulos que trae como favoritos son regalo de un amigo: una biografía y una compilación del poeta y narrador austríaco Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) que -como él- fue publicado precozmente a los 16 años de edad, que –como él- escribe aforismos, que –como él- veía la palabra escrita con intereses filosóficos. “El más valeroso y el más fuerte es aquel que con mayor libertad es capaz de poner sus palabras, pues nada es tan difícil como arrancarlas de sus falsas y sólidas conexiones”, escribió el austríaco. “Quiero dar un curso de Hofmannsthal”, dice Rafael.

A Francia acude por temporadas anualmente a ejercer la abuelidad, llevando a los niños a parques en los que –como hoy, en este de La Boyera- todos gritan y él no parece notarlo. Esta vez, como es usual, también cumplió con actividades indispensables para su proyección

internacional; a pesar de eso, el diagnóstico del viaje fue menos alegre: “Estos dos meses estuve muy decaído”.

Rafael es un viajero recién llegado contando su bitácora con la perplejidad de los que deben regresar -y regresan- sin querer cargar el equipaje. Él, por ejemplo, cree que el país está peor que cuando se fue. “En dos meses cómo han subido los precios de los productos. Cuando nos fuimos, los vinos estaban en ochenta bolívares. Al día siguiente de llegar fui al supermercado y costaban doscientos, trescientos, cuatrocientos. Y no son una maravilla”.

### **En voz alta**

El propio Rafael registra una variación en los decibeles de sus palabras que no es gratuita sino que, explica, tiene una razón de oficio. El cambio fue a finales de los ochenta, cuando vivió un año en Harvard, gracias a la beca Guggenheim. Allí, de acuerdo con lo que le declaró a *El Nacional* durante una estancia en Nueva York en 1988, comenzó a participar en lecturas públicas. “En Venezuela no se lee públicamente. Aquí (Estados Unidos) se observa una tradición de lectura. Esta tradición norteamericana del ‘reading’ que no existe entre nosotros. Siempre con público, aunque algunos poetas se quejen de haber tenido sólo 400 personas”. Esa realidad —ese “aquí”— cambió:

—Aquí, desde hace unos años, se inició la costumbre de las lecturas públicas, que eso no existía. Luego, se creó la semana de la poesía, las

ferias de libros que se ha extendido mucho. Y toda esa actividad cultural impulsa a la participación. En las semanas de la poesía yo siempre leía y una me la dedicaron a mí. Cada semana se la dedicaban a un autor. Y uno también se acostumbra a hablar, la misma profesión lo lleva a eso.

Hay uno que no para de hablar, que todos escuchan en las mesas de afuera del Gran Café de Sabana Grande, en una tarde calurosa, en la que el sol sabe colarse en las grandes sombrillas blancas. Harry Almela, locuaz, lo recuerda en una anécdota previa a la transformación. “Lo invité a Maracay; él nunca había ido. Me pidió que por favor no fuera mucha gente y me cagué de la risa. ‘¿Cómo coño no va a ir mucha gente? Eres Rafael Cadenas’. Y ahí empezó una amistad”. Para Almela, el proceso de no fue fácil. “Él tuvo inconvenientes para relacionarse. Le ha costado entender que es Rafael Cadenas. Desde hace unos 15 años comenzó a entenderlo. Lo que es y lo que significa. Eso para él no deja de ser un conflicto. Viene de una escuela personal de la timidez”.

El fotógrafo Vasco Szinetar, que lo retrata desde los años setenta, también cree que el barquisimetano ha vivido un tránsito. “Es muy contradictorio. Estuvo muchos años invadido por una imagen que se construyó de sí mismo de silencio, para sobrevivir. Eso hacemos los humanos. Pero después nos cansamos, queremos la libertad. Ya está, ya Cadenas tocó a Dios”. Llega a decir que es “un cotorrero” cuando se trata de béisbol o de política.

Reconoce, sin embargo, una carencia: “Él se queda afuera de ese espacio visual de la fotografía, de ese simulacro. Meterlo en ese lugar es un pendiente. Yo me fijo en sus fotos y Cadenas siempre está de paso”.

Pero el escritor no se siente incómodo en los encuadres, todo lo contrario a su mamá Rosa, a quien no le gustaba retratarse. “Suelo encontrar disfrute en las fotos. Mi adhesión aprendida a la realidad me mueve a quererlas, pues la muestra tal como es en un instante, fijando así lo que no cesa de cambiar, con una exactitud que solo a ellas les es dable”, escribió en el libro *Rostros y decires*, de la fotógrafa Lisbeth Salas.

Sobre mudanzas íntimas habla Cadenas en su poemario *Falsas maniobras* (1966):

*Hace algún tiempo solía dividirme en innumerables personas. Fui sucesivamente, y sin que una cosa estorbara a la otra, santo, viajero, equilibrista.*

*Para complacer a los otros y a mí, he conservado una imagen doble. He estado aquí y en otros lugares. He criado espectros enfermizos.*

*Cada vez que tenía un momento de reposo, me asaltaban las imágenes de transformaciones, llevándome al aislamiento.*

Las medias son gruesas y verdes. Una está rota en la punta de los dedos. En ellas atraviesa el estacionamiento, abre la reja de la casa, comenta en voz baja algo sobre ese detalle de su vestimenta y hace pasar a un salón en el que ya está la brisa. Victoria De Stefano prende la cocina para preparar un té y se sienta en la mesa del comedor con la placidez de los

que viven solos y son dueños de la casa y del tiempo. “Nunca le he visto rasgos de amargura. Ni siquiera de joven, cuando decían que estaba deprimido antes de reunirse con Milena. Algunos decían: ‘Ahí va Cadenas, pegado de las paredes’”.

De Stefano identifica algunas causas que han sumado confianza. “En una larga trayectoria de vida, la gente va cambiando, va cogiendo seguridad en sí misma. Las décadas de los ochenta y noventa fueron importantes, salen libros de él, y sucede algo que no le hace daño a nadie: empieza tener reconocimiento en el exterior”.

La Negra Garmendia regresa a una tarde debajo de las frondas de los árboles caraqueños para ilustrar este cambio de vocación “Una vez, en el Parque Los Caobos, estaban Fulgencia Guillén Pérez y él en un banquito; y Salvador y yo, en otro. Si se dijeron cuatro palabras fue demasiado. La gran sorpresa fue que hace unos años empezó a hablar. Hemos estado en reuniones y ya no se calla. Debe ser una consideración que hizo a raíz del tiempo que le queda, de la vejez”.

### **Expresión oral y escrita**

Mientras espera la lluvia y mira al cielo para confirmar que aún no llega, Rafael –más práctico que quienes lo observan y describen- insiste en las obligaciones de sus oficios. “He vivido más de 30 años hablando, cuando uno tiene que dar una clase no la puede dar mudo”. En una entrevista que le hizo Almela para Papel Literario de *El Nacional*, en 2008, asegura que

la introversión dio paso lentamente a cierta extroversión. “Pero siempre he vivido de dar clases, incluso en un colegio para muchachos en Trinidad, es decir, he tenido que hablar mucho, aunque también sé que callo mucho. Al mismo tiempo, valoro bastante la conversación”.

De Stefano recuerda que, a pesar de los años dedicados a la pedagogía, la experiencia le exigía: “Él decía que sufría un poco dando clases, pero siempre gozó de una gran estima, respeto y prestigio por parte de los alumnos. Se dice que, a veces, hacía largos silencios”.

Roberto Martínez Bachrich recibió clases de Cadenas en el Taller de lectura y expresión oral y escrita. “La que importaba, y la que sigue importando, es la expresión escrita. Aunque no estaba mal que la oral la diera alguien como Cadenas que era mesurado y pensaba mucho lo que iba a decir. Para algunos alumnos resultaba aburrido”. Su gran recuerdo como estudiante, la verdadera cátedra, la dictaba Cadenas en las correcciones: “Para mí, más que las clases, las anotaciones al margen de los trabajos eran muy iluminadoras. Eran brutales”.

Algunos se acercaban a las clases del profesor Cadenas como quien entra “a una pecera esperando recibir literatura en estado puro”. Así describe la escritora Gabriela Kizer el momento académico en el homenaje que le hizo la Facultad de Humanidades y Educación cuando ganó el premio FIL en 2009. Pero los intereses de Rafael desconcertaban a algunos porque, con inusitada sencillez –dice Kizer- “podía comenzar una clase o terminarla para hacer un silencio, un comentario pausado sobre el estado de las calles, el clima, la contaminación, el sentido profundo de alguna palabra, la forma de hablar de la gente”.

El grupo de profesores pertenecía al área tres de la Escuela de Letras. Eran, entre otros, Michelle Ascensio, Jaime Bello, María Fernanda Palacios, Marco Rodríguez y Rafael Cadenas. Se las arreglaban para dar clase en salones contiguos y así poder conversar. “Chismeábamos, porque a Rafael le encanta hablar de las cosas cotidianas. ‘¿No sabes que Fulanita se fue?’, ‘¿Te enteraste de que no sé quién rompió con el novio?’. Ese es un aspecto de Cadenas que disfruto mucho, él es muy interesado por las cosas pequeñas de la vida, los gestos, las palabras”, lo evoca Michelle Ascensio.

Juan Carlos Méndez Guédez, autor de *El libro de Esther*, recuerda con afecto su parquedad en las aulas:

—En la clase de bienvenida a la Escuela de Letras se encontraba él dentro del grupo de profesores que nos recibía. Su presencia causó expectación y una medida euforia. Varios profesores hablaron. Él no. Un alumno pidió la palabra y le pidió que explicase cómo el poeta de *Cuadernos del destierro* podía haber alcanzado la expresión de su libro *Amantes*. Cadenas alzó el rostro y con voz lenta dijo: “A mí me dijeron hoy que me sentase aquí a recibirlos y yo me senté. No creo que sea momento de hablar de mi propio trabajo”. La gente rió.

Para llegar a los salones de la escuela hay que subir una rampa adoquinada en un edificio al que entra la luz como oyente a todas las clases. Así diseñó Carlos Raúl Villanueva toda la estructura de la UCV. Por el empinado corredor subió y bajó durante décadas Rafael, seguido por la admiración, casi siempre callada, de los alumnos que lo veían pasar mientras dedicaban sus poemas o subrayaban algunos de sus

versos. El narrador Juan Carlos Chirinos lo recuerda en su escrito *Yo, que nunca he tenido un oficio* como una leyenda de las letras venezolanas que paseaba su tranquilidad por los pasillos mientras los jóvenes se conmovían hasta con su sombra. La escena es de 1985, ocurrió en la biblioteca central y Chirinos tenía en sus manos *Los cuadernos del destierro*:

—Me senté a mirar la foto de la contraportada, curioso por saber qué cara tendría un poeta. *El poeta*. Tan concentrado estaba que solo me di cuenta de que venía hacia mí cuando estaba a un par de metros. Miré la foto del libro. Levanté la vista. Volví a la foto. ¡Era él! El poeta había bajado a la tierra a buscar un libro. Entró. Rebuscó en los estantes. Saludó a los bibliotecarios, acostumbrados a su presencia. Y se dirigió a la salida. ¡Se va!, pensé.

Chirinos entregó el libro nervioso y salió detrás de Cadenas, que se alejaba por la plaza cubierta. “El poeta pasó. Corrí y lo esperé a la entrada de la Facultad. Pasó de nuevo. Lo seguí por los pasillos, disimulando mi presencia. Así fue durante un largo rato, hasta que Rafael Cadenas, el poeta, me miró asustado, porque sabía que lo estaba siguiendo. Mi vergüenza pudo más, y me alejé”. Las aproximaciones, frecuentes en librerías, espacios académicos y literarios, no son molestas para él. “No me incomoda que me pidan que les firme libros, yo converso mucho con la gente. Hay mucho respeto. Y yo recuerdo que a mí me pasaba eso también, y me sigue pasando. Cuando yo venía a Caracas me acercaba a Juan Liscano, a Mariano Picón Salas. Eso es lo que yo siento cuando se me acerca un joven, que lo hace con timidez”, señala Rafael, de quien

Chirinos nunca ha sabido si leyó su texto de la persecución en la universidad.

### **“Paraíto, pero sin fuerza”**

Caminando por la acera pasa Carla, una de sus nietas, y no entiende qué hace su abuelo adentro de un carro desconocido. Se acerca a la ventana, intercambian palabras. Él le pide que lo espere en el parque. Antes, estaba hablando de cosas de la mente, una materia que le interesa. “Siempre he estado con depresiones y eso me ha llevado a investigar un poco. La gente tiene tanto prejuicio con la cuestión de la psiquiatría que si alguien tiene una depresión tratan de que eso no se sepa porque consideran que la persona está loca”, dice y puntualiza: “Pero hay una diferencia entre ser depresivo y tener una depresión. La depresión ya es algo más fuerte”.

Con un tono vital un poco más bajo. Así dice Rafael que anda. Pero otros lo dicen con más gracia. “Esta mañana la esposa de un amigo me preguntó cómo estaba. Le dije: ‘bueno, cansado’. Y me respondió con una expresión de su pueblo: ‘*Paraíto, pero sin fuerza*’”, recuerda y se ríe, *sentáito* y sin fuerza. La Negra Garmendía recuerda cómo, en tono de burla, llamaban a Rafael y a su entorno en la época de tertulias de bulevar en 1970: “Rafael no iba a los bares, nosotros sí éramos militantes duros. Él iba a un cafecito en plena avenida Casanova. Los malucos lo llamaban ‘El grupo Fe y Alegría’ porque decían que eran unos aburridos deprimidos. Siempre ha sido callado, no sé si tímido”. De Stefano lo sitúa lejos de las barras: “Es sobrio. Yo creo que es uno de los pocos poetas en este país que no ha tenido problemas en el alcohol. Nadie lo debe haber

visto borracho”. En la entrevista de Almela para Papel Literario, Rafael dice que le tocó participar, sin mucha entrega, “durante los frenéticos años sesenta en las reuniones de Sabana Grande”. Y, probablemente, huía del arrebato en el café de la Casanova.

Al tanto de las gestiones para esta semblanza, Rafael muestra una preocupación que no es menor. “La diferencia que hay entre la imagen que puede tener una persona de uno y lo que uno es siempre es enorme. La relación entre la gente es una relación de imágenes. Y es muy difícil evitar eso”. Desde la imagen de la amistad, Rodolfo Izaguirre le concede una virtud salvadora: “Rafael es dueño de un adorable sentido del humor. Tengo una dedicatoria suya que dice: ‘Para Rodolfo y Belén con quienes siempre me río’”.

### **Sueños breves**

“Mira, Rafael, ¿Y cómo va mi poema?”, le pregunta el artista plástico Rolando Peña en la mesa del fondo de la librería El Buscón y después explica: “Rafael me está escribiendo un poema desde hace diez años. Siempre me dice ‘ahí va’. Escribe como una línea por año”. El diálogo es un calco de otros, con las mismas risas de ambos por la insistente pregunta sin respuesta.

Coherente en su templanza, es así también para el proceso de escribir, corregir, publicar. “Pospongo mucho. Incluso las publicaciones de los libros. *Sobre abierto* tenía como veinte años en la gaveta. Es una de mis

malas costumbres. Otra: no poner fechas, como si el tiempo no existiera. Bueno, realmente no existe. Como decía Ramos Sucre, 'es una invención de los relojeros'. Pero no le hacen caso porque lo dijo un poeta y no Einstein, ahí sí", dice.

Manuel Caballero, en el texto *Memoria de una amistad*, cree que detrás de esa coherencia hay un esfuerzo, también, por dominar el ego: "Esa batalla implacable contra el ego, que hoy consume sus mejores energías, es tanto más desoladora como absolutamente inútil: pocas veces, si ninguna, hemos conocido alguien en quien sean tan inseparables vida privada y vida poética".

Esa batalla es reconocida por Rafael. Para él, el problema central del ser humano y lo que está detrás de todo es el ego. Pero, como siempre, duda, se hace las preguntas, se permite pensar. ¿Filosofar?:

—Al mismo tiempo hay que preguntarse, ¿ese ego existe? No se puede eliminar lo que no existe. El ser humano tiene la posibilidad de ver el ego. Cuando una persona habla de su ego ya establece una distancia, que es muy importante. El problema es la identificación del ego. Estamos viviendo una egolatría desmesurada que es una tragedia, no solamente en Venezuela. Un endiosamiento.

Desde los 15 años de edad, asegura Caballero, Rafael ya tenía como hábito "la rigurosa austeridad de sus medios expresivos". Caballero recuerda que, después de la intimidad y la introspección de *Los*

*cuadernos del destierro* (1960), Rafael le llevó –a finales de 1966 o principios de 1967- a un cuchitril donde él vivía en Colinas de Bello Monte las pruebas de página del libro *Falsas maniobras*. Caballero reconoce haberse sentido desconcertado por lo que consideró un “desfase” con el lenguaje de *Los cuadernos del destierro*. En este libro, dice, Cadenas “dejaba entrar el mundo que le asaltaba los ojos”. Eso, sin embargo, no le garantizó salir de lo que el entrañable amigo llamó “una travesía en el desierto”, haciendo alusión a la manera reiterada cómo se le escamoteaba el reconocimiento público. “Rafael no lo buscaba ni lo necesitaba, pero eso hacía rabiar mortalmente a quienes sabíamos cuánta injusticia y acaso cuánta mezquindad podía esconderse detrás de esa actitud”. Es lo que sus compañeros llamaron “el caso Cadenas”.

Más en pequeñas que en grandes editoriales, Rafael continuó publicando hasta que en 1983 sale *Anotaciones*, y en 1984 *En torno al lenguaje*, dos libros que llegaron a un público más amplio. Ese mismo año se ganó el Premio Nacional de Ensayo gracias a *Anotaciones*. Al año siguiente recibió el Premio Nacional de Literatura de Venezuela por su obra poética y, en 1986, se ganó la beca Guggenheim, la cual subsidia a las personas que califican para asistirles en su investigación y creación artística. Allá, en Boston, tradujo y leyó mucho.

Esa costumbre de leer en voz alta que se trajo de Estados Unidos no le gusta tanto a Andrés Boersner, porque él considera que la poesía de Rafael no está hecha pensando en eso, en la sonoridad, como sí es el caso de Eugenio Montejo.

El librero de Noctua dice que el sitio que Rafael más ha cultivado es el de los aforismos. De hecho, el miembro de la Academia de la Lengua, Joaquín Marta Sosa, afirmó en un homenaje a Rafael en la Universidad de los Andes, en 2010, que su poesía es una red de aforismos. Un ejemplo de eso es su poema más conocido, *Derrota*, aquel que para muchos representa a toda una generación. Ese poema no lo fue desde el principio. O no supo verlo su autor. Adriano González León le dijo a Rafael que le diera unos poemas para publicar en el Clarín, un periódico de izquierda, y Rafael le entregó lo que él llamó “frases confesionales”. González León, apenas lo leyó, se exaltó, lo vio completo, lo vio largo, lo vio como un poema y lo publicó así.

### ***Derrota***

Yo que no he tenido nunca un oficio  
que ante todo competidor me he sentido débil  
que perdí los mejores títulos para la vida  
que apenas llego a un sitio ya quiero irme (creyendo que mudarme es una  
solución)  
que he sido negado anticipadamente y escarnecido por los más aptos  
que me arrimo a las paredes para no caer del todo  
que soy objeto de risa para mí mismo que creí  
que mi padre era eterno  
que he sido humillado por profesores de literatura  
que un día pregunté en qué podía ayudar y la respuesta fue una risotada  
que no podré nunca formar un hogar, ni ser brillante, ni triunfar en la vida

que he sido abandonado por muchas personas porque casi no hablo  
que tengo vergüenza por actos que no he cometido  
que poco me ha faltado para echar a correr por la calle  
que he perdido un centro que nunca tuve  
que me he vuelto el hazmerreír de mucha gente por vivir en el limbo  
que no encontraré nunca quién me soporte  
que fui preterido en aras de personas más miserables que yo  
que seguiré toda la vida así y que el año entrante seré muchas veces más  
burlado en mi ridícula ambición  
que estoy cansado de recibir consejos de otros más aletargados que yo  
(«Ud. es muy quedado, avíspese, despierte»)  
que nunca podré viajar a la India  
que he recibido favores sin dar nada en cambio  
que ando por la ciudad de un lado a otro como una pluma  
que me dejo llevar por los otros  
que no tengo personalidad ni quiero tenerla  
que todo el día tapo mi rebelión  
que no me he ido a las guerrillas  
que no he hecho nada por mi pueblo  
que no soy de las FALN y me desespero por todas estas cosas y por  
otras cuya enumeración sería interminable  
que no puedo salir de mi prisión  
que he sido dado de baja en todas partes por inútil  
que en realidad no he podido casarme ni ir a París ni tener un día sereno  
que me niego a reconocer los hechos  
que siempre babeo sobre mi historia  
que soy imbécil y más que imbécil de nacimiento

que perdí el hilo del discurso que se ejecutaba en mí y no he podido encontrarlo  
que no lloro cuando siento deseos de hacerlo  
que llego tarde a todo  
que he sido arruinado por tantas marchas y contramarchas  
que ansío la inmovilidad perfecta y la prisa impecable  
que no soy lo que soy ni lo que no soy  
que a pesar de todo tengo un orgullo satánico aunque a ciertas horas haya sido humilde hasta igualarme a las piedras  
que he vivido quince años en el mismo círculo  
que me creí predestinado para algo fuera de lo común y nada he logrado  
que nunca usaré corbata  
que no encuentro mi cuerpo  
que he percibido por relámpagos mi falsedad y no he podido derribarme, barrer todo y crear de mi indolencia, mi flotación, mi extravío una frescura nueva, y obstinadamente me suicido al alcance de la mano  
me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir burlándome de los otros y de mí hasta el día del juicio final.

“¡No joda! Yo le dije hace poco que lo único que le faltaba hacer después de ese poema era ir a la India, porque ya hecho todo lo demás”, dice entre risas su amigo Almela.

Rafael escribe corto, de manera puntual, incluso este poema largo, tal vez porque sueña breve.

—Lo que se escribe depende mucho del temperamento. Hay que gente que sueña como si fueran películas y otras con una y dos imágenes. Eso mismo pasa con la escritura. Con los poemas. Yo, por ejemplo, sueño con poquísimas imágenes, pero hay personas que le cuentan los sueños a uno como una novela. No sé. Tal vez por eso escribo corto.

Willy Mckey, en una casa en Caurimare, frente al grupo de lectura caraqueño Visión Nora Bustamante, opina que Rafael con sus aforismos llegó a Twitter antes que todos. Rafael se ríe sobre todo porque todavía no sabe bien qué es el Twitter. Luego dice que lo acusan de la proliferación de poesía breve que hay en el país. Pero él repite que tiene que ver con cada quien. Para Mckey el aforismo enmascara un peso de sentido poderosísimo, porque “escribir breve es un cincel”.

Pero la brevedad es más peligrosa. Boersner cree que el aforismo es muy engañoso: “Es uno de los géneros más difíciles. No te puedes equivocar en nada. En una novela puedes tener hasta un bajón de veinte páginas. Si te equivocas en una palabra de más, en un aforismo, haces el ridículo”.

Rafael no cae en discusiones sobre la extensión del poema ni elige qué es lo mejor: “Lo importante es que la poesía esté en el poema. El poema puede ser largo o corto”. Un poema que se convierte en prosa, o lo que iba a ser prosa pasa a ser poema. Los versos se vuelven frases. Es el tránsito de las palabras que en él sucede. “Se debería ver como totalidad lo que uno hace. Todo forma parte de lo mismo. Una entrevista, una

anotación, una charla, un poema, una nota para algún taller y hasta una conversación se vinculan, se entretajan, se aclaran o se apoyan entre sí”.

Sin embargo, se cuida mucho con las palabras, corrige mucho. Su *Ars poética* define su cuidado con el lenguaje:

Que cada palabra lleve lo que dice.

Que sea como el temblor que la sostiene.

Que se mantenga como un latido.

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta  
dudosa ni añadir  
brillos a lo que es.

Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir  
verdad. Seamos reales.

Quiero exactitudes aterradoras.

Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en  
peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.

Si no veo bien, dime tú, tú que me conoces, mi  
mentira, señálame la impostura, restriégame la estafa.

Te lo agradeceré, en serio.

Enloquezco por corresponderme.

Sé mi ojo, espérame en la noche y divísame, escrútame,  
sacúdeme.

A su regreso de Trinidad llegó a ser corrector de pruebas en *El Nacional*.

Y Nelson Rivera sabe de su cuidado por una vez que se presentó en la

sede de ese mismo periódico para ver cómo había quedado una nota de él en Papel Literario. “Yo no estaba, pero me contaron que hizo correcciones y sugerencias importantes (...) Él supo que tenía que ir a chequear. No se equivocó. Vive con el don de 'ver más allá’”.

### **Lluvia suspendida**

No es que le disguste que lo llamen poeta. No es que se ofenda. Pero no se presenta como poeta. “Nunca he dicho ‘Yo soy el poeta Rafael Cadenas’. Nunca. A mí me saludan ‘hola, poeta’, pero eso ya es distinto”. Así lo llaman casi todos, así se refieren a él cuando lo mencionan, así cuando lo reconocen en la calle. A eso, a escribir poesía, se ha volcado desde la adolescencia.

En una oportunidad la Embajada Francesa invitó a un grupo de escritores venezolanos a una visita al país europeo. En la reunión preparatoria estaban Victoria De Stefano, Antonio López Ortega, Eugenio Montejo y Rafael. En algún momento debían llenar una planilla con los datos personales. “Había que poner profesión. Eugenio me dice que no va a poner que es poeta, sino abogado. Yo puse profesor. Hay esa especie de rubor en decir que uno es poeta”.

“Viene de una generación en la que ‘poeta’ es una palabra simple, un lugar común. Todo el mundo era poeta en la universidad y en estas calles de Sábana Grande. Agarró una connotación muy manoseada. Yo creo que eso lo influyó a que Cadenas despreciara un poco el título”, cuenta

Almela. “Yo nunca me he considerado un poeta. Ese es un rótulo, como cualquier otro. Uno es un ser humano. Además, a veces el arte sirve para encubrir lo que uno en realidad es”, decía Rafael ya en 1972, en una entrevista en la revista *Extramuros*.

La lluvia quedó suspendida. Fue solo una posibilidad; los domingos en la tarde lo único cierto es el lunes. El carro avanzó hasta la puerta de su edificio. Rafael se bajó y allí, a punto de entrar, recordó a su nieta que aún lo esperaba en el parque. Comenzó a desandar, a pie, el camino para buscar a la niña. Juntos estuvieron un rato tratando de abrir la reja.

## Capítulo tres

me levanto

S

**R**afael Cadenas dice que no conoce a Henrique Capriles. No se lo han presentado. Pero ha asistido, siempre desde el público, a los eventos del candidato opositor con el sector de la cultura en las dos últimas campañas presidenciales. Ahí, en esos actos, se ha cruzado con humoristas, cantantes, con Guillermo Dávila y con Norkys Batista y sus orgasmos censurados. De lo que menos se habla es de literatura.

Rafael decidió tomar una abierta postura política, sin ponerse gorra tricolor, frente a lo que considera la última dictadura venezolana que, como a él, ha confinado al exilio a más de siete millones de venezolanos. La anterior ya lo había obligado al exilio en Trinidad porque eran delitos la protesta, los partidos políticos y el comunismo.

Rafael habló sobre esos dos destierros, separados por varias décadas, en la Librería Lugar Común de Altamira. Lo hizo un día después de que su amigo Eugenio Montejó cumpliera cinco años de muerto. Ahí, antes de empezar, alguien preguntó por Manuel Caballero, otro de sus grandes afectos. Luis Yslas respondió: “Creo que debajo de Rómulo y Carpentier”, mientras señalaba un estante de su librería. Varios de los amigos de Rafael Cadenas solo mantienen cara y voz en los libros. Ahora, entre sus contemporáneos, él está casi solo en ese empeño de denunciar lo que considera son abusos del poder.

Victoria De Stefano cuenta que las muertes de sus amigos configuraron a Cadenas. Sintió responsabilidad. “Creo que ha asumido desde hace un tiempo que es momento de solidarizarse con sus compañeros de armas y de pluma”. Esa necesidad de estar ahí, de acompañar a los que siguen

vivos y de hablar. Y ese día en la Librería Lugar Común él habló en homenaje a uno de ellos: Guillermo Sucre.

Parecía nervioso antes de empezar. Primero saludó a su amigo, puso por unos momentos, como señal de afecto, su mano en el brazo delgado de Sucre. Luego sacó sus lentes de pasta del bolso, se los colocó y se fue a una esquina de la librería, cerca de las escaleras, a leer unas hojas escritas a mano por él. Con una chaqueta de tela verde oliva y una camisa beige. La chaqueta tenía en el cuello un botón dorado del lado izquierdo. No se podía ver de qué era, pero parecía un detalle de elegancia para la ocasión. Su mirada clavada en las hojas lograba alejar a la gente que dos días antes, en el mismo evento que duró tres jornadas, lo buscaba para intentar conversar antes de las siete, hora en la que empezaban los encuentros de ese homenaje a propósito del libro de ensayos reunidos por Sucre, *Pancho, La libertad*, editado por Lugar Común.

Cadenas, más entrenado en una vida social literaria durante los últimos años, acompañado de Gabriela Kizer y el mismo Sucre, comenzó sus palabras demostrando destreza con el micrófono. Habló aclarando: “Seguramente esperan que yo hable de literatura. No voy a hablar de literatura. Guillermo y yo nos conocimos en la cárcel”. Habló sobre aquel día que tomaron el viejo edificio de la UCV, entonces en el centro de Caracas. Ese día en el que De Stefano lo recrea en unas escaleras dando un discurso, enardecido, sin silencios. Fue así, porque, según ella, “cuando los tímidos superan el miedo lo hacen con gran valor”.

Él cuenta que en esa ocasión el hoy director del diario *Últimas Noticias*, Eleazar Díaz Rangel, lo acompañó hasta la puerta de la universidad y Cadenas le preguntó: “¿Tú crees que la policía entre cuando tomemos la universidad?”. Y Díaz Rangel le dijo que sí. Pero ellos eran jóvenes, trece jóvenes, y realizaron la tarea, como él mismo dice. La temida policía los detuvo y ahí comenzó- y continuó- la carrera en las cárceles del país para Cadenas y los amigos, y los que serían los amigos, como Sucre; y los que ya lo eran, como Díaz Rangel y Manuel Caballero. Él no los recuerda a todos: “Es que ni siquiera nos conocíamos”.

En la “Pensión Caraota” se planeó la toma de la UCV en las manos de doce personas que luego, cuenta Caballero en *Memoria de una amistad*, fueron trece porque uno se coleó. En la pensión se reunía el Comité de Huelga integrado por Luis Herrera Campins, Héctor Rodríguez Bauza, José Vicente Rangel y Manuel Alfredo Rodríguez. Ellos decidirían, en 1952, el grupo de los doce tomistas (más el coleado), por iniciativa de la Federación de Centros Universitarios con el objetivo de reaccionar contra el gobierno por la intervención de la Universidad, la lesión a la autonomía, la expulsión de estudiantes y el destierro de profesores.

Eran tiempos de dictadura. Eran tiempos de conspirar hasta en cuchitriles con las proteínas aportadas por las caraotas. Después de años de gobierno de la Junta Militar y antes de la autoproclamación de Pérez Jiménez como presidente, al desconocer los resultados electorales de finales de 1952, se realizó la toma de la antigua sede de la UCV. Con los años, el brazo represor de la dictadura se tonificaría hasta asfixiar los cuellos de los disidentes. Los muchachos, entre los que se encontraba Rafael (y el coleado), serían de los primeros de una etapa de persecución

política que marcó a una generación de venezolanos que, años más tarde, pactarían los ideales de una democracia estable que, sin embargo, maquilló sus omisiones sociales con la riqueza petrolera.

El 7 de febrero de 1952 pasó todo. Luego de protestas desde el mes de octubre. Los trece (Antonio Zeiden, Eduardo Planchart, José Martínez Rubio, José Bastardo, Eduardo Plaza Rivas, Pedro Izquier, Ismael Rodríguez (el coleado), Raúl Serra Piñerúa, Pedro Leprea y, por supuesto, Eleazar Díaz Rangel, Manuel Caballero, Guillermo Sucre y Cadenas) fueron hasta la esquina de San Francisco, al claustro universitario, subieron decididos al torreón, para colocar unas banderas negras de luto y tocar las campanas.

Al mismo tiempo, narra el libro de *Manuel Caballero, militante de la disidencia*, otra comisión que estaba conformada por Cipriano Rodríguez, Santiago Suárez, José Francisco Sucre, Jesús Sanoja Hernández y Carlos Villaroel fue a la sede del Ministerio de Educación, que para entonces quedaba en la Esquina El Conde. Hablaron con el ministro Simón Becerra, le llevaron un documento con planteamientos. Al salir, ya estaba la policía esperando para capturarlos. A los del torreón no les fue diferente.

Pasaron del cuartel de la policía, a El Obispo, luego a un penal en El Guarataro y, por último, a Catia, a la Cárcel Modelo. En la Librería Lugar Común, sesenta y un años después, Cadenas, casi con una sonrisa, vuelve a la cárcel para evocar una de las imágenes más vívidas que guarda en su corta memoria: la de Guillermo Sucre recitando versos en una de las cárceles donde estuvieron. “Él hacía que todo contrastara.

Rodolfo Izaguirre dijo que Guillermo lo enseñó a imaginar y así salir de cualquier cárcel”.

Luego vino el exilio de todos los tomistas, ese destierro que tal vez fue un respiro. Sucre fue a Chile, donde siguió sus estudios de Letras; Caballero, a París, donde también estuvo preso; Rafael fue a parar a Trinidad, el destino más cercano y barato, colonia británica, donde pasó cuatro años. Un carro de la Seguridad Nacional –en el que no intercambié palabra con los funcionarios- lo llevó hasta el aeropuerto de Maiquetía para tomar un avión a la isla. En el terminal lo fue a despedir parte de su familia.

A Rafael le gusta decir que fue entonces súbdito de la reina Isabel de Inglaterra. Y le gusta reírse después. Alegrarse. Tal vez porque asegura que estaba mejor allá, no añoraba porque dice que los jóvenes no añoran tanto. Su nieta Andrea Nolasco explica que el exilio para él fue, citando a Alfredo Chacón, el paraíso. Salir de la realidad para ir a otra. Lo difícil sería volver, en 1956, a un país que él consideraba derrotado.

Elisa Lerner se acuerda de él cuando llegó, aún con la euforia de Trinidad, con un talante muy distinto al que ella conoció antes de ese viaje: “Por esas fechas caminaba perpleja por la esquina de Mercaderes. Alguien frente al escaparate luminoso de una joyería me detiene y suelta emocionado: '¡Estuve estos años en Trinidad!, ¡acabo de regresar!'. No lo podía creer, de una antigua montaña hermética bajaba una rama amistosa que rozaba mi corazón”.

Caballero dice que Cadenas vivió un período de paz y relativa paz en Trinidad. Que al nombrarla o evocarla no hay pena ni resentimiento, solo deslumbramiento. Como el de aquel día en la esquina de Mercaderes.

Rodolfo Izaguirre apoya lo que dice Jesús Sanoja sobre su generación y la de Cadenas: “Es una generación que comenzó a producir sus frutos literarios y de pensamiento tardíamente porque la dictadura de Pérez Jiménez detuvo mucho el proceso creador. Unos estaban comprometidos políticamente; otros, en la cárcel; otros más, exiliados”.

Pero el exilio no hizo que Cadenas no produjera ni que se alejara de las letras. Cuando se fue, era la primera vez que salía del país. Se dedicó a aprender inglés. Dio clases. Escribió. “En Venezuela, Héctor Mujica era director de Papel Literario y desde Trinidad le mandé varios poemas que publicó”.

Y también leyó mucho. Sobre todo a San Juan de la Cruz. Y no tuvo tantas noticias de un país que él considera que no logró nada, después de que los jóvenes hicieran la tarea.

### **El hábito de preocuparse**

En 1959 nace Tabla Redonda. Cadenas menciona en la Librería Lugar Común la revista y el grupo literario fundado por él y sus amigos; menciona a sus compañeros regresando del exilio por amnistías y a otros cuando el gobierno fue derrocado. “Ese grupo literario venía de la política”, dice Cadenas en una entrevista que le hizo Luisa Barroso para el

diario *El Nacional*, en 1978. “Nació con la libertad de expresión recién ganada, algo indispensable e ineficaz como la poesía”. Dice también que querían publicar y se unieron para que la pobreza no se los impidiera.

Caballero recuerda, en esas mismas memorias, que hicieron el grupo porque comenzaron a notar que sus vidas no serían peleas por el poder, sino que más bien serían combates con las palabras. Además de él y Rafael, lo fundaron Jesús Sanoja Hernández, Darío Lancini, Arnaldo Acosta Bellos, Jesús Enrique Guédez. Jacobo Borges y Ligia Olivieri. Ahí editaron y finalmente publicaron *Los cuadernos del destierro*. Cadenas quería ponerle *El cuaderno de un desterrado* y Caballero no se lo permitió. Ahí habla de Trinidad.

Al mismo tiempo que Tabla Redonda estaba Sadio. Ahí “militaban” Salvador Garmendia, Adriano González León, Guillermo Sucre, Rodolfo Izaguirre, Ramón Palomares, Elisa Lerner, Perán Erminy y Gonzalo Castellanos. Para los de Tabla Redonda en ese momento, los de Sadio no estaba comprometidos con el tema político, como ellos. Posteriormente Sadio sería El techo de la ballena. De Stefano aclara una diferencia: “Los comunistas estaban era en Tabla Redonda; en Sadio, los cercanos a Acción Democrática”.

Pero faltaría poco para que ya en los años sesenta, decepcionado del comunismo, finalmente dejara la militancia política y se situara con las palabras. En una entrevista que se titula *Rafael Cadenas no levita*, con fecha probable de 1983, él cuenta que la ruptura con la actividad política fue por varios motivos, varias crisis. Una personal y la del comunismo. Él pasó por lo que llamó “el estallido de una neurosis agazapada”. Estuvo en

tratamiento, con muchas pastillas. Y eso se unió con el inicio de la ruina del comunismo. “Para la gente de mi generación Stalin era maestro, guía, sabio. Entonces llega Kruschev y revela que no era cierto, que José Stalin no era nada de eso. Sino simplemente un monstruo”.

Izaguirre dijo: “Nos deslindamos de la izquierda marxista, al menos muchos de nosotros, cuando estalló el caso Padilla en Cuba. También porque el realismo socialista chocaba con nuestras propias valoraciones artísticas y literarias. Y porque la invasión soviética a Checoslovaquia evidenció definitivamente el carácter totalitario de ese marxismo”. Para ellos, según él, la verdadera revolución estaba en el arte, en el lenguaje.

De Stefano opina que a Rafael debe haberle salido en algún momento de su vida “una alergia a los disparates de la izquierda, del autoritarismo, de la violencia”. Y para la fecha de esa entrevista en la que asegura que no levita, Cadenas dijo: “Ahora no tengo posición ni soy anti nada, simplemente estoy fuera del juego”.

Pero fue volviendo poco a poco, primero desde el estado pasivo de la preocupación. Al comienzo, la confesión fue entre amigos. Montejo no podía escribir su discurso de aceptación del premio Octavio Paz, en 2004, porque sentía que la política estaba consumiendo todo su tiempo creativo. Y un día de esos días se encontró con Cadenas: “Le confesé, con algo de culpa: Rafael: estoy leyendo tres periódicos al día. Rafael me miró, se sonrojó un poco y puso sus manos en su cabeza y dijo ‘Bueno, yo estoy leyendo todo. Así estamos’”. Esto lo reseña el periodista Scott Johnson en una nota *La Venezuela de Chávez* publicada en *Letras Libres*. Ahí también Montejo se hacía varias preguntas: “¿Por qué Chávez está

descalificando el proceso de la comunicación? ¿Por qué lo está pervirtiendo?”.

Hoy, en esa librería, al lado de Guillermo Sucre, con el micrófono sujetado, pareciera volver a sus orígenes, a estar dentro del juego, a estar en contra de algo, con una preocupación que lo lleva a formar parte. La Negra dice que el pre-chavismo y el chavismo movieron muchas cosas dentro de Rafael: “Volvió a una poesía más militante. Ahorita es casi un militante político, como en sus primeros tiempos. Caímos todos en el país. Su elocuencia viene también por esa consciencia”.

Las primeras palabras críticas de Rafael que recogió la prensa internacional, que hacían referencia al gobierno del fallecido presidente Hugo Chávez, las dio en un gran escenario, en una caja de resonancia, en una de las ferias más importantes del mundo: en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, cuando recibió el premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, en 2009. “Cuiden su democracia, aunque sea deficiente, casi nunca estaba antes; así evitarán que algún caudillo de nuevo cuño llegue al poder, la destruya y se erija dictador. La democracia es mejorable, la dictadura no, aquella educa, esta castra. Ténganlo presente”. Y habló de que en Venezuela se viven tiempos complicados y urge atender las deudas sociales. Recomendó no incurrir en la omisión en la que dice que cayeron los venezolanos con su democracia, que fue no tener pedagogía para saberla usar.

Dijo en una entrevista a Tal Levy para el diario *El Nacional*, en octubre de 2011, que los escritores y poetas venezolanos desertaron de la función crítica que les corresponde, que perdieron su independencia y no se

atreven a opinar con libertad: “No pueden opinar aunque disientan de alguna posición oficial. Habría que preguntarles si están de acuerdo, por ejemplo, con el apoyo de este gobierno a todas las actuales dictaduras, las monarquías nada democráticas y los regímenes teocráticos que azotan a mujeres”.

Con esas afirmaciones, Rafael tuvo varias respuestas que lo acusan de desconocer la realidad. El escritor y profesor de la Universidad de Los Andes, Ricardo Gil Otaiza, en un artículo de opinión del diario *El Universal*, le hace una réplica, acusándolo de no leer la prensa. “(...) desde hace años en los periódicos nacionales y regionales los escritores y poetas -tratados despectivamente por el autor-, nos hemos dado a la tarea de desnudar sin ambages este régimen y sus barbaridades, sin más reticencias y frenos que los elementales principios de la ética y la dignidad intelectual”. Y lo invita para que se una a las voces de los escritores que sí están contra el régimen día a día, para que sea más constante y no tan esporádico.

Carmen Díaz, la kiosquera de su calle, piensa que el poeta está muy farandulero últimamente: “Se lo dije y se puso rojo, se rió. Es que últimamente sale mucho en los periódicos dando declaraciones”. Los tres diarios que compra son de clara línea opositora.

Cadenas dice -y repite cada vez que puede- que no ha podido alejarse del hábito de ver todo lo que pasa y preocuparse. “De Stefano me cuenta que ella sí lo ha dejado. Que optó por alejarse de las noticias. Yo no puedo. Me paso todo el día viendo por la televisión lo que pasa y leyendo”. Afirma con tristeza que la realidad política ha invadido todos los espacios.

La psicóloga y escritora Ruth Rodríguez dice que en este país informarse es igual a angustiarse, con el agravante de las inmensas dudas sobre la veracidad de lo escuchado de un lado y del otro. “Si bien es cierto que no podemos aislarnos del mundo, la manera en que se maneja la información en el país muchas veces lo que genera son reacciones en cadena peligrosas, polarización y odio”.

Pero él no solo ve todo lo que pasa. Su angustia va más allá. Para Harry Almela, Cadenas ha aparecido mucho en los medios últimamente, aunque asumir su imagen pública y privada no deje de causarle un conflicto. Almela piensa que lo ha sabido llevar en los últimos tiempos por una motivación política, porque lo que pasa en el país le importa y le parece grave, y hace que levante la voz, que hable, que escriba en prosa. “Ha manejado su función de atender lo que él supone que es importante con las circunstancias políticas. Ahora habla del país afuera, aquí, da declaraciones”, dice Almela.

Para Leonardo Padrón, la inquietud de Cadenas por el país no solo es grande, como la de todos, sino que es activa y persistente. “Es inmensamente valioso que haya decidido abandonar su habitual mutismo y haya expresado a viva voz su disenso radical con el régimen de Hugo Chávez y de su heredero”.

Andrea dice que, aunque su abuelo siempre ha participado política, antes tenía una voz más pasiva y no tan alta. “Aquí el guerrero de la política fue Manuel Caballero. Pero ahorita él sufre algo parecido a lo de antes. Siempre en las noticias hay comentarios sobre el país, en torno a él”. Y

cuenta que en la casa se escuchan palabras preocupadas entre los titulares que desayuna todos los días.

Para Michelle Ascencio él está más dispuesto a atender a invitaciones a foros, a que le hagan entrevistas porque entiende que es la manera como puede colaborar en esta situación de incertidumbre y de polarización: “Últimamente está más entregado a la palabra oral”. Sin embargo, Rafael no cree que con sus palabras salve algo: “Cansa un poco. Sobre todo porque uno no puede hacer nada. Dar declaraciones una que otra vez y, además, no se ve salida”.

### **Fuera de catálogo**

Para Rafael, los escritores deben ayudar a desarrollar el intelecto. Deben ayudar con sus palabras a que la gente vea más allá de las imágenes, de las certezas simples, ayudar a que las personas sepan formar sus propios juicios, ayudarlas a salir del muro que las tiene rodeadas. “Pero en estos tiempos hasta eso es difícil, la situación política ha puesto prejuicios contra los escritores que no están con la supuesta revolución”, dice con resignación. Para él, lo más grave es que el odio no se acaba cuando las cosas terminan.

Y entre los amigos que perdió por la muerte, también están los que perdió por la política, como Luis Alberto Crespo: “Él antes era mi amigo, pero ha habido un alejamiento, lo mismo me ha pasado con muchos. Y uno se encuentra por ahí con ellos y nos ocurre lo mismo que a toda la gente

aquí, no se puede conversar sobre política. No hay diálogo, eso se acabó”.

Según voceros de la “revolución”, es Rafael el que se autoexcluye de sus actividades. William Osuna, el presidente de la Casa Andrés Bello, dijo que hay una apertura que siempre ha estado en pie, desde el primer festival de poesía hasta el actual. “Desde hace un buen rato las voces más relevantes de los opositores decidieron ocupar otros escenarios. En tanto al poeta Rafael Cadenas se le ha invitado en diferentes oportunidades”, declaró en una entrevista que le hizo Daniel Fermín para el diario *El Universal*, en junio de este año.

Rafael aclara que nunca lo han invitado porque saben de su posición. Osuna lo sabe: “Este ha manifestado en recitales, conferencias, homenajes, antagonismo con la revolución bolivariana, la tilda de dictatorial y de otros juicios que uno lee y ve en los medios opositoristas”.

Christian Valles, la directora del Centro Nacional del Libro, le responde a la periodista de *El Nacional* Michelle Roche cuando esta le pregunta sobre la ausencia de Cadenas en los catálogos de publicaciones del Estado: “Allí hay un tema de derechos de autor. Pregúntale a Cadenas por qué no quiere que lo publiquen las editoriales del Estado”.

Pero ese Cadenas que no está en los catálogos no busca incluirse ni que lo incluyan, porque él no cree en este Estado, se considera un exiliado. Un desterrado en la propia tierra. Y eso lo ha configurado. Lo ha llevado a exponerse más y escribir diferente. Dice que la política le ha exigido

mucho en su escritura, porque ocupa todo: “Los *Otros dichos* son un desahogo. Tengo más escritos, pero debo pasarlos. Lo que sucede me indigna mucho, el abuso de poder, el autoritarismo. La única defensa es leer y escribir, cuando se pueda”.

En *Otros dichos*, Cadenas recopila aforismos con fuerte contenido político, como: “Los revolucionarios se proponen a liberar a los seres humanos y comienzan por privarlos de la libertad”; “El revolucionario no es demócrata; él lo sabe, pero debería decirlo para sincerarse”; “Primero exaltan la historia, después se autoproclaman sus elegidos”.

Rolando Peña afirma que la evolución de su imagen pública-política ha sido muy importante y destacada a partir de su apoyo a Capriles y de sus dichos, que son sus “poemas políticos”. Peña dice que Cadenas se ha transformado en un defensor absoluto de la democracia y del país. Y dice que, como artista, es comprensible que a cualquier creador las situaciones del país le exijan más porque todo lo que hace tiene que ver con lo que pasa y con lo que siente. “Todo afecta profundamente”.

### **“Soy la negación de la bandera”**

En una edición de sus obras completas que hizo el Fondo de la Cultura Económica pusieron en la tapa la bandera de Venezuela. “Si alguien a quien tú no le tenías que poner eso era a Cadenas”, dice Willy Mckey. Rafael está de acuerdo porque considera que no hay nada más contrario a él que la bandera, que la idea de patria. Pero afirma, con cierta

resignación como casi siempre con este tema, que eso es más una idea utópica suya, que la realidad es que la patria existe, que tiene un país y eso trae exigencias. Eso transforma. Al punto de hacer campaña política. “Lo hice porque Capriles es la única persona que está dando la cara ante esta barbarie. No siento que esté haciendo algo que no me corresponda. El momento lo exige”.

Si este nuevo exilio es en compañía de, como dijo en la Librería Lugar Común, siete millones de venezolanos, tal vez el exilio cambia, y ya no se trata solo de deplorar y de rehuir, sino de enfrentar. “Las dos veces estuvo sentado en el público y fue nombrado y ovacionado. Nunca habló, pero su presencia fue suficiente”, cuenta Leonardo Padrón de las apariciones en los eventos políticos a favor del abanderado de la oposición.

Rafael va a El Buscón y no llega a hablar de libros ni de escritores. De nada que tenga que ver con la literatura. El primer tema que toca con su amiga Katyna es Venezuela. “Él tiene esa preocupación constante. Yo no suelo hablar de política, pero con él sí me incorporo. En esos años de tantas locuras, a veces entraba y nos mirábamos buscando respuestas”. Para ella, Rafael vive el país de una forma muy dolorosa. “Antes compartía mucho eso con Eugenio Montejo, quien hablaba de un país desencajado”. Ya Rafael va perdiendo sus compañeros de armas, de pluma y de pluma como arma.

A la librería Templo Interno, en Los Palos Grandes, también acude a desmenuzar las peroratas de los que mandan: “Le gusta que nos pongamos a conversar sobre el lenguaje de los políticos, su discurso y lo que hacen”, dice el librero Alexis Romero. Michelle Ascencio también

menciona ese gusto de Rafael por el lenguaje en la política: “Le entretiene conversar sobre cómo habla determinado líder político. Él se fija mucho en esos detalles: las muletillas, las palabras que repiten, si las frases son largas o cortas”.

Gabriela Kizer vive cerca de Rafael y ya perdió la cuenta de las veces que le ha dado la cola a su casa después de los eventos literarios en los que coinciden. Casi siempre se la ofrece ella. De vez en cuando él le pregunta. Kizer comenta que de lo que más hablan, ahí dentro del carro, es de la política y la economía del país. A veces también de los nietos y de los libros.

### **Camarada Ríos**

A pesar de su lucha contra el poder, alguna vez Cadenas lo tuvo, alguna vez fue elegido por votación popular: La Negra cuenta que en su época de bachiller en Barquisimeto, en el liceo Lisandro Alvarado, Garmendia y él se postularon al mismo cargo para el centro de estudiantes. Cadenas, sin discursos ni ruido; Salvador, todo lo contrario, con un alboroto electoral. “Salvador me cuenta que Rafael ni hablaba ¡y ganó! Me dijo: ‘Él pueblo sí sabe elegir’”.

Desde pequeños tuvieron interés por la política. La profesora Magda Valenzuela, profesora de biología de ese liceo, cuenta, en *Manuel Caballero, militante de la disidencia*: “La política penetró en el liceo y los alumnos se politizaron. Eso los perjudicó de cierta manera, porque la política desplazó el interés por los estudios”.

Harry Almela recuerda: “Salvador contaba que cuando ellos eran carajitos, como de 16 años, llegaron al partido comunista en Barquisimeto a inscribirse. Los del PCV pensaban que eran agentes de la CIA. Porque ¡¿qué hacían dos niños metiéndose en eso?!”. En *Manuel Caballero, militante de la disidencia*, el historiador recuerda que Cadenas había estado en contacto con la juventud del Partido Comunista desde 1941, es decir, desde los 11 años de edad. En una temporada de vacaciones, Rafael fue enviado a vender grabados y artesanías a Trujillo y Mérida para financiar la organización en Barquisimeto. En Valera conoció a otro joven comunista que, según recuerda Caballero que le contó Rafael, “era un carricito muy hablador”. Se llamaba Adriano González León y seguiría hablando y escribiendo toda la vida. Rafael Cadenas se haría llamar, entre comunistas, el “Camarada Ríos”.

El derrocamiento, en 1948, del Presidente de Venezuela, el adeco Rómulo Gallegos, por medio de un golpe de Estado y el atornillamiento de una Junta Militar de Gobierno -compuesta por Carlos Delgado Chalbaud, Luis Felipe Llovera Páez y Marcos Pérez Jiménez- reagrupó a las juventudes que llevaban años de protestas por ideología o afición. El rechazo a las charreteras tiene orígenes claros. Ya no solo se verían en las aulas de su liceo, sino también en reuniones secretas, manifestaciones y en la cárcel.

Con tanto alboroto suscitado por Cadenas y Caballero, protestas y cárceles, apenas en la adolescencia, los mandaron a irse de ahí, no podrían cursar su último año de bachillerato en Barquisimeto. El director les dio boleta de retiro y el Gobernador los expulsó del territorio larense. Solo los recibieron en Valencia, en el liceo Pedro Gual. De toda

Venezuela, el director Enrique Vásquez fue el único que los acogió. De ahí se irían juntos a la UCV y a la maloliente “Pensión Caraota”.

### **País al cuello**

Cuando se le pregunta a Rafael qué deberían estar leyendo los venezolanos, no sabe qué decir. No da el nombre de algún poemario ni algún libro de filosofía; tampoco ensayos. Menos narrativa. Cuando se le pregunta, Rafael hace una pausa que no encuentra respuesta.

—Bueno, no sé. La situación del país a mí me preocupa mucho y ocupa de demasiado espacio, pero eso es inevitable. Yo no puedo dejar de leer los periódicos todos los días. También veo las noticias en la televisión. Porque lo que está pasando me parece muy grave. Lo ocupa todo. No sabría qué decir.

Ocupa tanto que a veces desplaza a sus silencios. Así lo piensa Andrés Boersner. Las pausas de Rafael no son tan largas ni tan profundas cuando se toca el tema político. Ahí no. Ahí recupera la mirada, la voz. “Lamentablemente, es más conversador con ese tema. Lamentable porque le sale fácil la palabra, pero es lo menos profundo. Son los comentarios del día”.

Boersner le editará con la Fundación para la Cultura Urbana un libro de contestaciones. Dice que en Rafael, últimamente, hay una ironía que se

repite, que no va hasta lo hondo porque busca mucho denunciar situaciones, no busca la contraparte, no llega a lo recóndito, como era habitual en su obra.

Él piensa que los aforismos que ha publicado últimamente son demasiado políticos. “Son circunstanciales y se pierden en el tiempo”. Le parece válido que Rafael haya ido a los eventos a favor de Henrique Capriles, pero piensa que, en general, los poetas y escritores deben dejar de intentar ser la conciencia del pueblo. Para Boersner, el destino del poeta no está en eso. Pone de ejemplo el poema que Earle Herrera le hizo a Chávez. “Yo lamento mucho ese poema, ese nivel, ese llegar ahí”. Cree que en la política siempre se van a equivocar. Y dice otro ejemplo, el poema *Derrota*, de Rafael. “No le gusta ese poema porque dice que perteneció a una época de la cual él no quiere acordarse. Y eso tiene que ver con lo circunstancial, con la política”.

En la entrevista que le hizo Harry Almela en 2008 para Papel Literario, Cadenas dice que está de acuerdo con que *Derrota* no haya sido incluido en la antología de Visor, hecha por Ana Nuño.

—Estoy de acuerdo con que no se incluyera, en parte porque se ha publicado mucho y traducido también a varios idiomas; porque está lleno de quejas y desde hace años dejé de quejarme; porque tiene cierto vínculo con la absurda y dolorosa lucha armada contra un gobierno democrático, lo que contribuyó a traer la autocracia militarista que se ha

enseñoreado del país. Hoy no siento, pues, que Derrota me exprese. Fracaso, en cambio, no tiene esas limitaciones.

Pero como dijo De Stefano, Rafael últimamente ha sentido una necesidad. Ganas de estar, de ser solidario con sus compañeros de armas y de pluma. Boersner piensa que esa presencia constante en presentaciones y eventos literarios también tiene que ver con la política, con su obsesión juvenil de apoyar todas las cosas en las que cree: “Dice que si no apoyamos a la gente que hace cosas, los otros, a punta de dinero, oportunismo y facilismo harán todo y será lo que quedará, y parecerá que nosotros no hubiésemos hecho nada”.

Juan Carlos Méndez Guédez, escritor de clara tendencia opositora, agradece esa solidaridad: “Cadenas acudió a un par de presentaciones de mis libros en Caracas. Lo abracé con timidez. Fui feliz por su generosidad. Nunca más he vuelto a saber de él, pero lo admiro, lo respeto, lo leo”.

El poeta Héctor Jaimes piensa que no es lo mismo ser crítico del gobierno que volcarse al otro lado. Recuerda a Teodoro Petkoff hablando “maravillas de Cadenas” en un acto en la sede de Banesco, en 2010, por unas publicaciones de Equinoccio: “Son casi de la misma generación y obviamente pertenecen al mismo camaleonismo político”. Jaimes piensa que se desprestigia como escritor al tomar postura.

La postura frente al chavismo la ha tomado desde el principio con manifestaciones de perfil más bajo que las de años recientes. En diciembre de 2002, después del golpe de Estado de abril, se realizó el

paro cívico que incluyó a Petróleos de Venezuela. Un grupo de escritores venezolanos firmó una declaración en defensa de esta acción. “Es un paro político, definitivamente sí. Es un paro por el derecho a la vida. Es un paro por la meritocracia. Es un paro contra el terrorismo. Es un paro contra la imbecilidad. Es un paro que repudia la impunidad”, decía el texto. La primera firma, seguida de Juan Sánchez Peláez y Eugenio Montejo (ambos ya fallecidos), era la de Rafael Cadenas.

Ahí, frente a la gente que se acomoda entre los estantes de los libros de Lugar Común, frente a la gente parada y sentada que lo escucha, con Guillermo Sucre a su derecha, con el botón dorado en el cuello de su chaqueta, Rafael parece desconsolado ante la situación del país. Parece, mientras lee, pedir un torreón al que pueda llegar para poner banderas de luto y sonar las campanas.

—Al pueblo no se le dice que está equivocado, que debe salvarse de los salvadores. Que no es la voz de Dios, porque ni siquiera sabemos qué es eso que llamamos Dios. Y si tiene voz. Que abandone a Dios por Dios.

Para el fotógrafo Vasco Szinetar, la figura que es hoy Rafael es una construcción, no un regreso a los orígenes políticos. “Cadenas ha sido un hombre vinculado toda su vida a la política. No es diferente de lo que ha sido, pero estos años ha conquistado una voz muy fuerte para la sociedad venezolana. Es una historia de vida”. Y añade que eso es un misterio: “¿Cómo las voces se construyen en el ámbito de la sociedad? Eso no es de un día para otro”.

Al igual que en 1952, cuando se convirtió en tomista, ahora también Rafael apoya a las universidades autónomas. Esta vez, en el derecho de esas instituciones de declararse en huelga frente a lo que, considera él, son ataques del Gobierno que las asfixia presupuestariamente.

—A los que se les pretende no escuchar sería imposible no quitarles el país. Es un destierro al revés: en la propia tierra. Y una vez más hemos de defender la universidad de un gobierno anacrónico que quiere ponerla a su servicio, porque su propósito es ir eliminando todos los espacios de libertad. Y la universidad es el mayor de ellos. La universidad es la institución más sólida. Ya tiene casi trescientos años. Y este gobierno es un menor de edad.

A Rafael le gusta repetir que en Venezuela la política va dejando sin espacios. Cuando se fue a Europa, a mediados de junio, todavía existía Buenas noches, en *Globovisión*. Lo veía puntualmente. Al volver, y como consecuencia de las medidas tomadas por los nuevos dueños, el crítico programa al gobierno ya no salía al aire y alrededor de 30 periodistas habían renunciado al canal que transmitía 24 horas de información.

Luego, una de sus nietas lo recibe con una noticia, con una canción: “Carlita me contó que se metió en un plan vacacional del gobierno y le enseñan canciones de socialismo”. Rafael le pide a la nieta que recuerde la letra y que la entone. Carla canta una de las canciones bajito y con pena, casi sin ritmo, para hacerlo rápido: *Chávez no se marchó, Chávez no se marchó, Chávez se hizo millones, se hizo millones, Chávez soy yo.*

Rafael está de acuerdo con lo que dice el sociólogo Tulio Hernández: “Él uso una palabra muy apropiada, él dijo que en este momento el país era un país inconmovible”. Cierre de canales de televisión, presiones a los medios de comunicación impresos, censura y discriminación a actores en teatros y hoteles del Estado, editoriales oficiales que privilegian a escritores de clara adhesión al Gobierno: los intelectuales y artistas que, abiertamente, no apoyan el pensamiento y la acción oficial denuncian sistemáticamente su exclusión de la vida cultural promovida con los fondos públicos. Ahora, una nueva ley de la cultura busca confinar aún más el ejercicio del librepensador. Son los espacios que Rafael dice que se achican.

Al terminar el homenaje a Guillermo Sucre, Rafael, sentado en la misma silla de cuando empezó su ponencia, y después de firmar algunos libros, dice que no se acuerda, que no sabe de dónde salió ese botón dorado que tiene en el cuello de su chaqueta. Ese que parecía un detalle de elegancia para la ocasión lo ha intentado quitar varias veces, pero sigue ahí, como lo inevitable, como un país, como el vocativo “poeta”, sujetado al cuello.

## Fuentes de información y bibliografía

### Libros

Alfonzo, I. (1996). *Rafael Cadenas o la poesía como existencia*. Caracas, Venezuela: Contexto Editores.

Benavides Ledesma, J. L., & Quintero Herrera, C. (1997). *Escribir en prensa: redacción informativa e interpretativa*. México: Alhambra Mexicana.

Caballero, M. (2004) *El desorden los refugiados*. Caracas, Venezuela: Alfadil Ediciones.

Cadenas, R. *Antología*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Cadenas, R. (2012) *Dibujos a máquina*. Caracas, Venezuela: Camelia Ediciones.

Cadenas, R. (2010) *Dichos*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.

Cadenas, R (1977) *Memorial*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

Cadenas, R (2000) *Obra entera*. México: Fondo de la Cultura Económica.

Castejón Lara, E. (2009). *Periodismo. Recursos para la verdad*. Caracas: Liven Editores.

*Entrevistas*. (2000). Rafael Cadenas. San Felipe, Venezuela: Ediciones La Oruga Luminosa.

Grijelmo, A. (2008). *El estilo del periodista*. Madrid: Tauros.

Kapuscinski, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, Fundación Proa, Fondo de Cultura Económica.

*Las palabras de El Buscón*. (2011). Caracas, Venezuela: Editorial Equinoccio.

Guanipa, M. (2002). *Hechura de silencio: Una aproximación al ars poética de Rafael Cadenas*. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial Humanidades.

Peña, V. (2007). Manuel Caballero, militante de la disidencia. Caracas, Venezuela: Libros de El Nacional.

Salas, L. (2010) *Rostros y decires*. Caracas, Venezuela: La cámara escrita.

### Referencias hemerográficas

Almela, H. *Rafael Cadenas, nunca he sabido lo que es un poema*. (30 de agosto de 2008). Venezuela: Papel Literario, El Nacional.

Chirinos, J. *Yo que nunca he tenido un oficio*. Venezuela: Literales, diario Tal Cual

Levy, T. *“Lo que ocurre es el olvido de lo humano”* (30 de octubre de 2011). Venezuela: Siete Días, El Nacional.

Marta, J. *Los “Dichos” de Rafael Cadenas*. (Julio-Noviembre de 2010). Venezuela: Actual investigación, Universidad de Los Andes.

Villar, V. *Cadenas, el honor de la poesía* (20 de enero de 2013). Venezuela: Papel Literario, El Nacional.

### Referencias electrónicas

*Declaración de escritores venezolanos en defensa del paro nacional indefinido*. Disponible en URL:

<http://www.americaeconomica.com/numeros3/190/noticias/documentoescritoresvenezuela.htm> [Consulta mayo de 2013]

*Dibujos a máquina de Rafael Cadenas*. Disponible en URL:  
<http://cameliaediciones.wordpress.com/2013/05/21/dibujos-a-maquina/>  
[Consulta mayo de 2013]

Gil, R. *Réplica al poeta Rafael Cadenas*. Disponible en URL:  
<http://www.eluniversal.com/opinion/111104/replica-al-poeta-rafael-cadenas-imp> [Consulta abril de 2013]

González, J. (2003). *Periodismo biográfico en Colombia II*. Disponible en URL: <http://www.saladeprensa.org/art413.htm> [Consulta mayo de 2013]

Guerriero, L. *La lección de Homero*. Disponible en URL:  
[http://www.elmalpensante.com/print\\_contenido.php?id=16](http://www.elmalpensante.com/print_contenido.php?id=16) [Consulta en julio de 2013]

Partida, J. *“Cuiden su democracia, aunque sea deficiente”, pidió Rafael Cadenas*. Disponible en URL:  
<http://www.jornada.unam.mx/2009/11/29/index.php?section=cultura&articulo=a03n1cul> [Consulta en junio de 2013]

*Rafael Cadenas*. Disponible en URL:  
[http://rafaelcadenas.org/rafael\\_cadenas.htm](http://rafaelcadenas.org/rafael_cadenas.htm) [Consulta desde diciembre de 2012 a agosto de 2013]

*Rafael Cadenas* (18 de junio de 2013) Disponible en URL:

<http://versionlibreorg.blogspot.com/2013/06/rafael-cadenas.html> [Consulta julio de 2013]

Roche, M. *Las escuelas de letras de este país no enseñan literatura venezolana*. Disponible en URL:

[http://www.el-nacional.com/escenas/escuelas-Letras-ensenan-literatura-venezolana\\_0\\_154187059.html](http://www.el-nacional.com/escenas/escuelas-Letras-ensenan-literatura-venezolana_0_154187059.html)

Rosendo, B. *El perfil como género periodístico*. Disponible en URL:

[http://www.unav.es/fcom/comunicacionysociedad/es/articulo.php?art\\_id=162](http://www.unav.es/fcom/comunicacionysociedad/es/articulo.php?art_id=162). [Consulta mayo de 2013]

## **Anexos**

*Rostros y decires, Lisbeth Salas*



“Conocí el mar ya de 12 años o algo  
así, me impresionó, viajaba con mi papá”



En esta foto familiar no salen ni Rosa, la mamá, ni Rafael. De izquierda a derecha: el cuñado Alirio, la hermana Gladys, José María, Toribio, el papá, Honorio y Omar

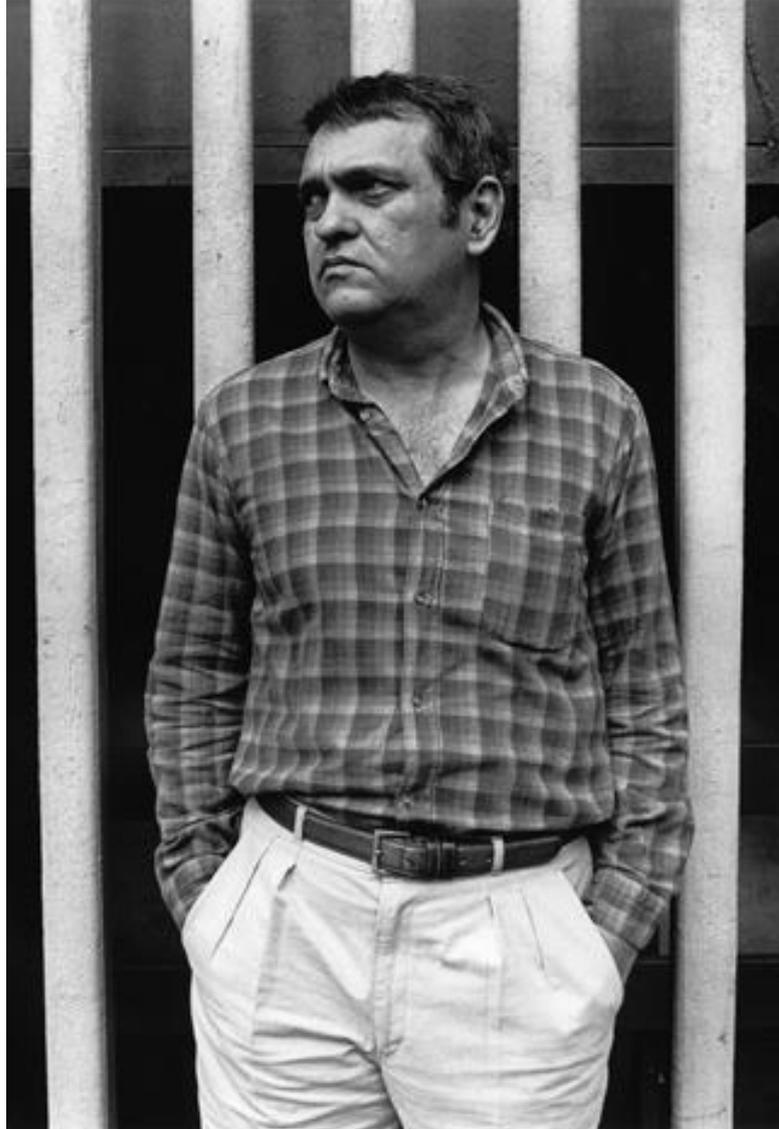
*Rostros y decires*, Lisbeth Salas



"Sí, ella se ocupa de todo (...)

Se sobrecarga", Rafael sobre Milena

Vasco Szinetar



“Siempre tengo la sensación de que no tengo la foto de Rafael”,  
Vasco Szinetar. Foto tomada en el año 1979



1980. Rafael Cadenas, Antonieta Madrid, Milena González de Cadenas y Darío Lancini

Vasco Szinetar

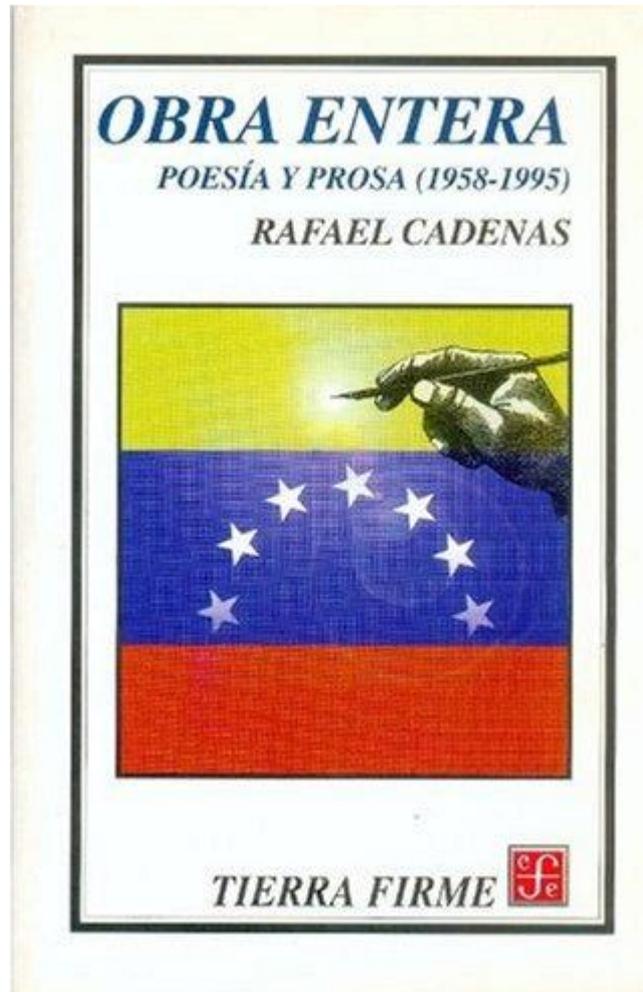


“Me gustaría que Paula estuviera aquí”, Rafael Cadenas. 1985

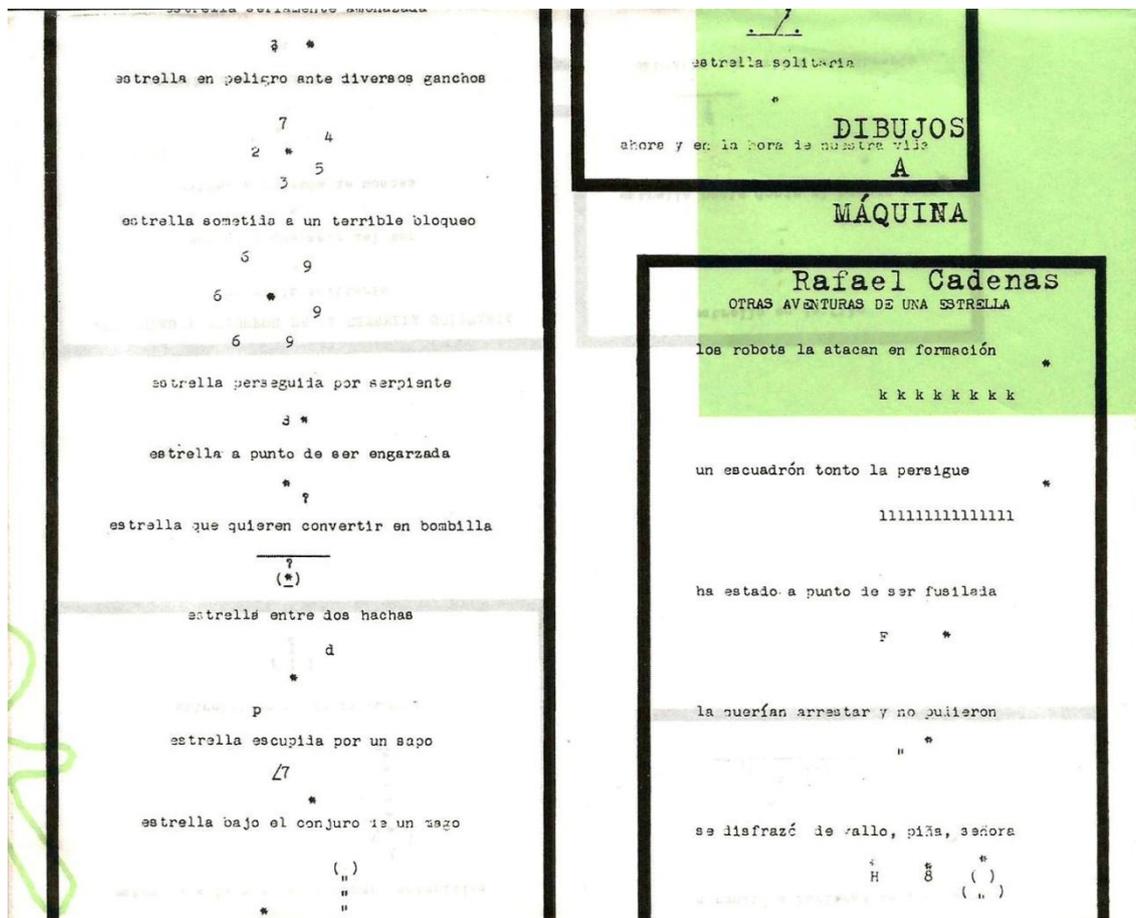
Vasco Szinetar



Manuel Caballero, Vasco Szinetar y Rafael Cadenas. Año 2010



"Yo soy la negación de la bandera", Rafael Cadenas  
a propósito de esta edición del Fondo para la  
Cultura Económica, del año 2000



Estos poemas "ilustrados" los publicó por primera vez en 1966 en la revista Cal, dirigida por Guillermo Meneses. Ahora, son de nuevo editados por Camelia Ediciones, año 2010